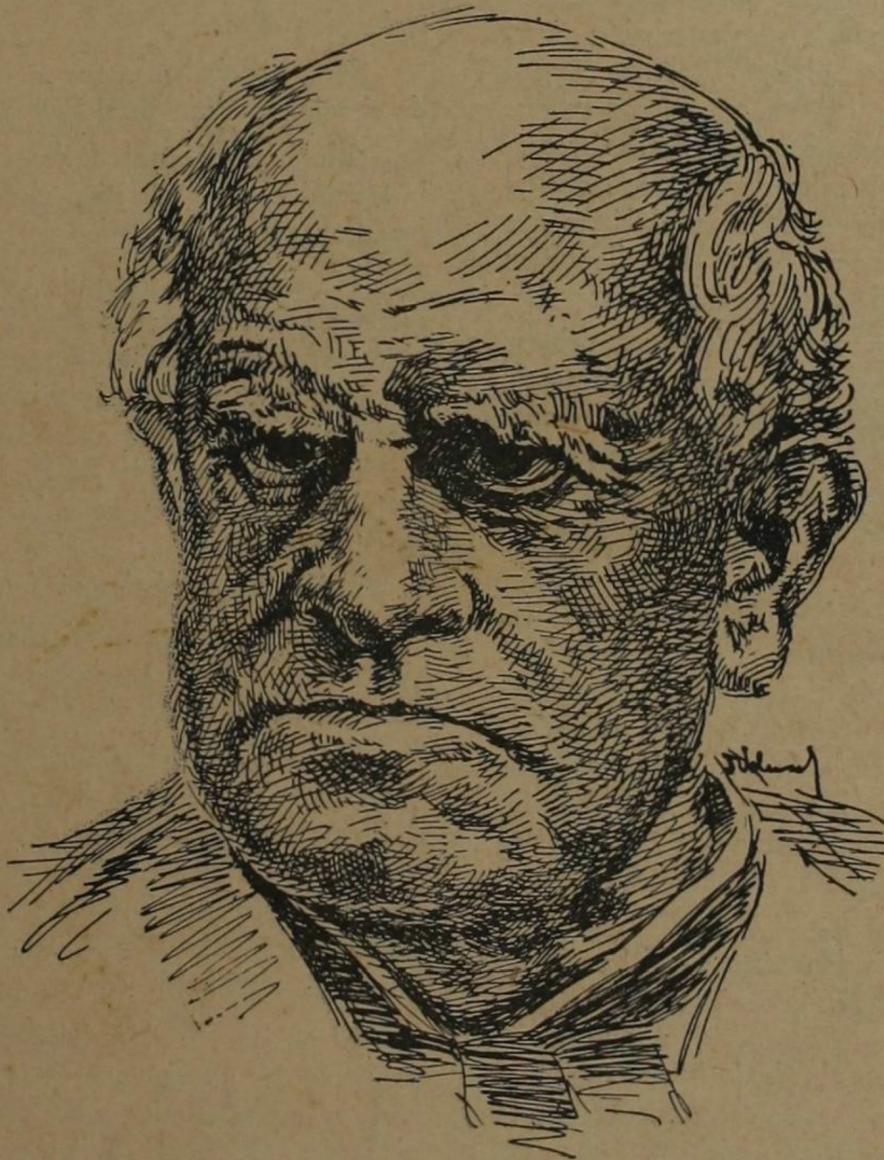


Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos.

TOMO XXXVI



Domingo F. Sarmiento

(14 de Febrero de 1811 a 11 de Setiembre de 1888)

Dibujo de *Pedro Delucchi*

...¡Pero que vengan a mí a decirme ahora que ya he muerto! A mí, que recibo en este día los honores que no siempre me prodigaron en mejores tiempos; a mí, que tengo todavía en la mano, a falta de la espada que no sustentaría ya mi débil brazo, el butil, la pluma y el látigo que fijan las ideas, cuando no sea más que para dar fe de hallarme en mi puesto, cuando las andan buscando para encadenarlas.

(De Sarmiento, el 15 de febrero de 1886, al cumplir 75 años de edad).

Editor: J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1938

Discurso memorable de Sarmiento

al cumplir los 75 años, el 15 de febrero de 1886

== Sacado del segundo volumen de sus *Discursos Populares* y tomo XXII de sus *Obras*. Buenos Aires. 1914. ==

Mis queridos amigos. Señores Presidentes de los Comités y Clubs de Buenos Aires. Señores extranjeros y simpatizadores.

Apenas me será posible dominar la emoción que experimento, al recibir por boca de mis amigos la elocuente expresión de los sentimientos de simpatía que despierta en millares de mis compatriotas y entre muchos extranjeros, el placer de ver a un viejo en tan avanzada edad presentarse a la lista solemne de su natalicio; y con un cuerpo sano, espíritu alegre y dispuesto, contestar presente a los setenta y cinco años sonados, cuando su nombre lo invoca una generación en pos de otra.

Gracias, amigos, que venís en cuerpo de ciudad a decirme que aun vivo en el ánimo del pueblo, porque algunos viejos suelen sobrevivir a su propio destino; testigo Carlos V, que pudo darse el gusto de asistir a sus funerales, porque hacía años que había muerto para la historia, para la patria, para la gloria. ¡Pero que vengan a mí a decirme ahora que ya he muerto! A mí, que recibo en este día los honores que no siempre me prodigaron en mejores tiempos; a mí, que tengo todavía en la mano, a falta de la espada que no sustentaría ya mi débil brazo, el buril, la pluma y el látigo que fijan las ideas, cuando no sea más que para dar fe de hallarme en mi puesto, cuando las andan buscando para encadenarlas.

Cuando echo la vista en torno mío y no descubro entre cabezas blancas ninguno de mis compañeros de tiempos que ya pasaron, asáltame la idea de que la joven generación me tome por un aparecido, por un alma en pena, y los que no me aman, como un vestigio, todos curiosos de saber cómo pensábamos, cómo obrábamos en aquellos tiempos y qué aspiraciones nos impulsaban a la acción en la vida pública.

Satisfaré vuestra curiosidad sin rodeos. *In illo tempore* seguíanos ásperas sendas apenas trazadas por el enmarañado bosque de resistencias que oponía la primitiva barbarie americana; pero guiados por la luz de grandes y claros principios, avanzábamos peleando duro y recio, para dejar a la generación presente libre el paso. Cincinatos eran aquellos hombres que abandonaron el arado para empuñar la espada, abriendo campañas que duraban la vida entera, sin pró y a veces sin patria, guerreando con sus propias armas y caballos, porque no había rentas ni Estado.

Venció nuestra fe en el porvenir la resistencia del entonces presente; y llegamos al fin de la campaña de treinta años a Caseros, donde nos dimos un abrazo los que de todos los puntos del horizonte llegaban en busca de libertad: desde Montevideo los más fuertes, la legión argentina y los valientes orientales; desde las pampas argentinas con Baigorria los más bárbaros; con Urquiza y Virasoro, los grandes termidorianos que nos guiaban; y desde Chile y Bolivia, rondando cabos los que habían sembrado ideas y venían, segur en mano, a cosecharlas. Dada la gran batalla, nos dimos, como los emigrantes al Oregón, una Constitución antes de separarnos.

Allí terminaron los tiempos heroicos de nuestra patria, la toma de Ilión por los héroes griegos conjurados. Lo que sigue es vuestra propia historia, la prosa moderna, compuesta de muchas esperanzas realizadas, algunas aspiraciones sobrepasadas por el éxito y no pocas decepciones y desencantos, con cientos de millones que pesan sobre nuestra conciencia, nuestro honor y nuestras bolsas, con altos salarios pagados para servirnos mal, a guardianes que no nos guardan, sino que se guardan ellos, y con soldados que, por entretenimiento, no sabiendo otra cosa mejor que hacer, vienen a darnos simulacros de batallas, desplegando guerrillas en las calles y armando pabellones en los atrios de los templos, en las elecciones, nuestras y no de ellos, como los gauchos que ponen el facón sobre la plata al tirar sus naipes marcados.

Podéis creerme si os digo que éste es el peor pedazo de vida

que he atravesado en tan largos tiempos y lugares tan varios; más triste con el espectáculo de la degeneración de las ideas de honor, de libertad y de patria en que nos criamos allá, en tiempo de entonces. Y serían para desencantar al diablo, si por aquellos hábitos adquiridos por tan largos años de estar esperando siempre, y siempre esperando (y con el mazo dando, mientras tanto), no viese con los ojos claros de la inteligencia y de la experiencia, dura y larga, que no puede durar el mal largo tiempo; porque ya toca en la carne viva lo que era antes sólo frotamiento de la epidermis; y porque los males que nos aquejan, provienen de que el mundo marcha rápidamente en ajustar los hechos al derecho, y los que nos gobiernan se quedan atrás y, sintiéndose pequeños, se arman de púas como erizos, y faltos de recursos propios, toman de prestado millones para darse aire de grandes, con lo que hundan el país y se hundan ellos.

Son como ballenas que se precipitan al fondo del mar llevando el rejón clavado en el flanco.

¡No hay más que darles sogas, que no tardarán de volver a la superficie con la barriga al sol! Pero ¡cuidado, muchachos, con los colazos de desesperados de tan grandes animales!

He dicho, señores, todo lo que tenía que decir este año. Si algunos volvieran este mismo día el año venidero, sabrán si tengo algo nuevo que añadir para entonces. Por ahora, para daros las gracias por la creciente manifestación de afecto y aprecio que os merezco, os contaré un apólogo, que es, como la parábola, la forma literaria en que el Oriente ha engarzado algunas grandes verdades como zafiros y esmeraldas en anillos, para que los ancianos con las bendiciones al pueblo, se las transmitan de generación en generación, sin perderlas ni desdorarlas.

Un gran rey de Persia llevaba siempre consigo en sus excursiones alrededor de Ispahan, capital del Estado, su tesorero privado para premiar las virtudes que presenciara.

"¿Qué hacéis, buen anciano?" dijo a uno que estaba plantando árboles. "Planto, le contestó: ¡Oh! Rey de Reyes, que así le llamaban, planto nogales". "¿Para qué plantáis nogales, cuyos frutos no alcanzaréis a comer?" "Para pagar la deuda a los que plantaron aquellos cuyo fruto he saboreado cuando joven". El rey, encantado de tan discreta respuesta, hizo señal a su tesorero que le diese un bolsillo de oro como muestra de su real aprobación.

El anciano, recibéndola, en prueba de su reconocimiento, observó que los nogales que otros plantaban daban fruto a los veinte años, mientras que los suyos fructificaban abundantemente apenas plantados. Ocurrió feliz que le valió otro bolsillo de oro; pero como observase de nuevo que sus nogalillos, como las higueras, daban dos veces frutos al año, mientras que los comunes, aun de grandes... El gran rey, poniendo espuelas a su caballo, hizo señal al tesorero de darle otro bolsillo y salió a escape de miedo que los nogales aquellos lo dejaran sin blanca.

Me atribuyen mis amigos que siguiendo aquel ejemplo yo he plantado muchos nogales también, y me atribuyen el raro mérito de continuar plantándolos a los setenta y cinco años de mi vida. No os diré que los míos den frutos después de plantados por temor de que se crea lo que un cronista de nuestro Rey chico insinúa, que he dado al fin de los años en tender la mano.

Esta visita de la ciudad capital de la República, y me complace en decirlo, de la parte más culta de una sociedad cultísima, a un viejo sin poder, sin fortuna y sin clientela, es honor que envidiarían los grandes de la tierra, que hará sonreír a los ángeles del cielo y que tornará serenos y felices los últimos días de una vida empleada en el bien y adelanto de la patria. Os agradezco.

(Concluye en la página 4)

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI

San José, Costa Rica **1938** Sábado 22 de Octubre

Núm. 1

Año XX — No. 856

SUMARIO

Discurso	<i>D. M. Sarmiento</i>	Dos poemas del Cardenal Newman.....	<i>Pío Bolaños</i>
Visita a Don Domingo Faustino.....	<i>Mariano Picón Salas</i>	<i>Libros y Autores</i>	
El peligro de Arguedas	<i>Luis E. Nieto Caballero</i>	Pensemos en el tirano y su pandilla (Mensaje).....	<i>Luis E. Heysen</i>
Salidas	<i>Sarmiento</i>	Pan sobre Madrid	<i>Tirso</i>
Carta alusiva	<i>J. García Monge</i>	De <i>Acordes en si mismo</i>	<i>Carlos Luis Sáenz</i>
Deben los poetas escribir sobre política?.....	<i>Emilia Prieto</i>	Tres poemas.....	<i>Claudio Barrera</i>
Intercambios culturales	<i>Delia María Guevara</i>	El nuevo hispanoamericanismo	<i>Antonio Montalvo</i>
Trofeos de Conquistador.....	<i>Max Henríquez Ureña</i>	Juan Bosch y el camino real.....	<i>Graciana Miranda Archilla</i>

Visita a Don Domingo Faustino

Por MARIANO PICON SALAS

= Envío del autor. Caracas, 22 de setiembre de 1938.—Cinco minutos de charla radiada =

Lejos de mis libros o sea de los libros que tratan sobre él —Armando Donoso, Aníbal Ponce, Lugones— y de sus propios libros, he partido en la visita a don Domingo Faustino Sarmiento en el cincuentenario de su tránsito. 1808-1888, ochenta años, los que tiene aquel enorme cráneo, aquel labio mandón, aquella frente surcada de arrugas como valles o como caminos despreñidos de una gran cordillera, que duerme en su bronce de Buenos Aires o se exaspera y regaña en esos libros, los más vitales y jugosos, los más coloreadamente varoniles que haya escrito ninguna pluma de América: el *Facundo*, oloroso a desierto, a polvo, a sangre, a montonera, a transpiración de caballos; y los *Recuerdos de Provincia*, nuestra Odisea, en el caserón familiar, en parla de viejos y confituras de abuela, oyendo los relatos de la Independencia, sacando de un armario el sable y el kepis del tío militar y asaltando solares y tapias por donde se descuelga la fruta, en el primer lance y gusto de la aventura. Y la aldea criolla —semejante en Venezuela y en la Argentina— con sus casas de adobe, su iglesia, su pulpería, su coro de ranas en la noche. Se espera la guerra civil; la caballería al galope, las cornetas de los federales o los unitarios o el rezo de las mujeres que cansadas de tantos desastres, se congregan a pedir para que Dios "aplaque su justicia y su rigor". Una América palpitante, copiosa e íntegramente nuestra que entró con todo su color y su aliento en la prosa del gran argentino. (Cuando había argentinos a quienes el caballo, la lengua española aun sabrosa, el amor y la obligación de la tierra bravía los hacía sentirse bien americanos y criollos y no europeos transplantados. Cuan-

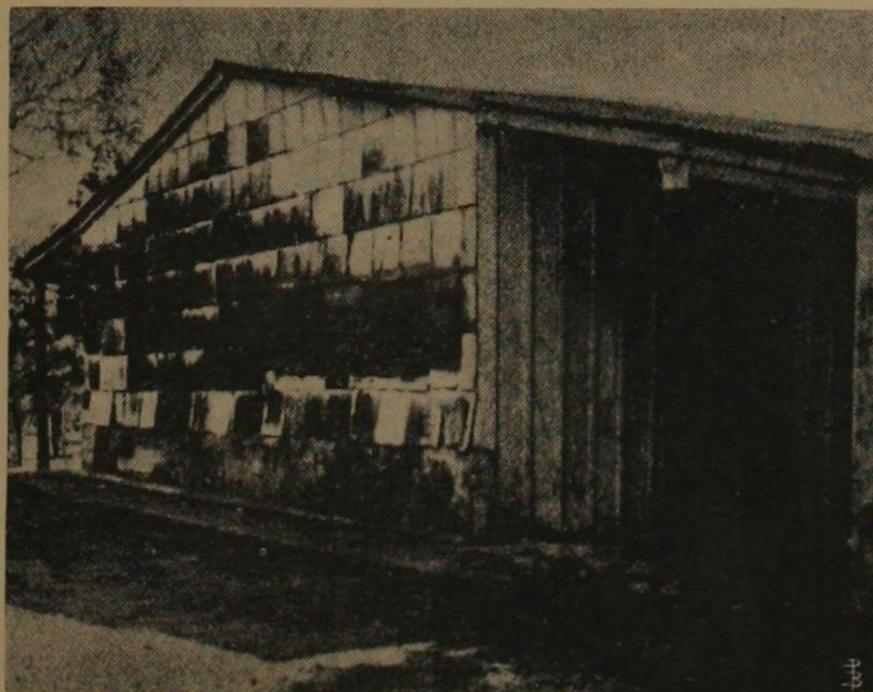
do quedaba el recuerdo de aquella solidaridad de América, de las cartas de Miranda a las logias de Buenos Aires y del Deán Funes al Libertador Bolívar, de las fiestas y cantos en Lima, en el tiempo de Ayacucho en que marcharon y bebieron juntos argentinos, colombianos, venezolanos. Después el americanismo quedó para los discursos diplomáticos; para las ofrendas florales y oficiales a los próceres y para la mentira desconfiada y fronteriza en que nos hemos aislado y encerrado los pueblos de América, jugando a las grandes naciones. Cuando queremos encontrarlo en toda su virilidad y responsabilidad, urge hacer una visita retrospectiva a hombres tan profesionalmente hombres como don Domingo Faustino).

Al través de la historia continen-

tal se notan como dos linajes, dos familias de grandes hombres: los del estilo cesáreo en quienes el destino habló pronto y los consumió y los quemó en su terrible tarea sobrecogedora como es el caso de Bolívar que ya estaba viejo y se había devorado sus propios nervios a los 47 años; los hombres-flechas, todo precocidad, ímpetu, tragedia y los otros que tuvieron que esperar y rasguñar, palmo a palmo, la suerte adversa. Un hombre como Andrés Bello —en contraste con Bolívar— empieza su carrera de gran personaje histórico casi a los 50 años, cuando recibe del destino el inesperado don de organizar cultural y jurídicamente la república de Chile. Las bibliotecas de Londres; los papeles del Museo Británico, los largos inviernos sin calefacción pero con muchos libros, eran como

el prólogo de la enorme obra creadora y encauzada como un río en bajas aguas, que fue la de su edad madura. Aunque más apasionado e inquieto, sin la calma clásica de don Andrés, gran gaucho que lleva su morral lleno de aerolitos, de mensajes quemantes, Sarmiento debe probar y curtir también, la inmensa virtud de la paciencia. Combate con el destino como con una res brava de sus pampas. Tiene para vencer, los inconvenientes de un genio incómodo: es físicamente fuerte, hablador, francote, incansable, orgulloso. Donde él llega crea su terrible clima que es el de altas tensiones, de actividad, de dominio. Los pequeños y débiles que cuidan su islita de bien nutrida mediocridad, se precaven de un ser, así, sin tregua, sin pereza, sin disimulo. En Chile no se contenta con su neutral sitio de huésped; debe combatir siempre por algo o contra algo; aunque sea —en tiempo de paz— contra la Gramática de su querido don Andrés Bello. Se pone a disputarle a don Andrés el prestigio o la influencia sobre la juventud chilena. Cuando no puede hacer revoluciones políticas, realiza revoluciones literarias. Simultáneamente se encoleriza con Rosas porque era demasiado bárbaro y con los clásicos porque eran demasiado finos. Y nada más ejemplar que ese Sarmiento a los 48 años, ya con toda la potente calvicie y el rictus de los gruesísimos labios y las cejas hirsutas con que entraría en la inmortalidad, esperando en Santiago que su patria argentina le haga justicia y le comprenda; le perdone todo lo que es excesivamente fuerte en su naturaleza.

Vivía entonces el hombre —y en una fecha que no puedo precisar bien porque no tengo a la mano el libro de Aníbal Ponce, pero que de-



Aspecto actual de la casa de Asunción, Paraguay, en que falleció Sarmiento, el 11 de setiembre de 1888.

be corresponder a 1856 o 57— en el barrio de Yungay, de Santiago de Chile, cerca de una plaza muy provinciana donde están con sus aleros enmohecidos, sus tres patios, el silencio mediocre de sus murallas encaladas y muy frías en el invierno, las últimas casas de la Colonia. Cuando echaron de la Argentina al tirano Rosas, el año 55, él voló a mata caballos. ¿No conocía muy bien el que había sido minero y rumbero y hasta brigadier Sarmiento en las guerrillas de San Juan, San Luis y Mendoza, todos los pasos de la gran cordillera? Con el General Urquiza y los otros generales de la Revolución estuvo conversando y llegó lleno de proyectos, el famoso don Domingo Faustino. Él sabía innumerables cosas: cómo sembrar e irrigar la pampa; cómo traer al río de la Plata la inmigración extranjera, cómo formar la nueva escuela democrática que civilizaría, que ciudadanizaría más bien, a los gauchos matreros. Pero le dijeron a Sarmiento, allí junto al vivac de la revolución mientras se tostaban las reses en el asador y los soldados contaban sus consejos, lo que se le dice a todo hombre que quiere vencer la rutina y sembrar el porvenir en nuestras tierras indóciles de América:— Pien- sa muy bien y escribe mejor el señor Sarmiento, pero la Argentina no está preparada, todavía, para tales reformas.

—Y por eso volví a mis clases y a hacer galopar mi pluma como un caballo de pelea, mientras llega la hora —nos dice Sarmiento otra vez desterrado y desde la dura prueba de sus 48 años.

Trabajar, porque sólo por medio de la acción el hombre se realiza; y abrazarse trágicamente a su ener-

gía como el naufrago a la tabla que puede salvarlo es la maravillosa lección moral que nos da entonces, en ese otoño de su vida que no era estación de descanso sino de renovado combate. Llegaba ya y había madurado Sarmiento para la mayor batalla de su vida. Diez, doce años más: 1866, 1868. Ahora Sarmiento ya está en la Argentina; se yergue entre los hombres de su país como el Aconcagua en la adusta cordillera del Norte. Por lo eléctrico de su personalidad, por la fuerza desatada y fecundadora de su genio, lo comparan con el viento pampero que lleva al río de la Plata y al Océano, el polvo remolniente de la inmensa llanura interior. Un cerquillo de canas —como la nieve en que termina la áspera Geología del Aconcagua —contornea esta cabeza morena y fuerte como el bronce; cabeza que esculpe un paisaje de sierras americanas. Todo lo que él pensó y sufrió ahora se está realizando: la Argentina comienza a ser el país bíblico de las mieses y los rebaños. A la guerra de ayer, al caballo chúcaro de Facundo Quiroga en la pampa incendiada, lo sucede la paz próspera; y el humanista liberal quisiera abrir el suelo inédito de su país a todas las razas oprimidas del mundo. La tierra hace al hombre, pensaba Sarmiento, que tenía entre otras cosas una enorme pupila de geógrafo. Y el irlandés, el italiano, el polaco que llegaron aquí desde su landa superpoblada y hambrienta, se trocaban en compadres gauchos y generosos; compartirían su asado rural y “cebarían” la misma “pava” de mate amargo.

El, que fue un combatiente, se había convertido con la vejez y con la gloria, en el pastor del cayado

benévolo. Miraba a América después del conflicto de las guerras heroicas como la “armonía”, la síntesis nueva de los pueblos y las razas. La escuela democrática y la “nob'le igualdad” que canta el himno argentino, eran las fórmulas de aquel futuro laborioso y pacífico que auspició y contribuyó a crear como escritor y como estadista.

Y está todavía a cincuenta años de muerto, como uno de los más

excelsos arquetipos que diera nuestra raza criolla; como el fecundador que sigue fecundando en la multitud de su obra y la hazaña de su existencia activa. ¿No había enseñado él a los impotentes, a los excesivamente escrupulosos que afinan sus escrúpulos para no hacer nada; no había enseñado que en el obligatorio combate vital prevalece sobre “la pureza inútil, la fecundidad manchada de vida”?

Hay que mirar hacia Bolivia El peligro de Arguedas

Por LUIS E. NIETO CABALLERO

— Envío del autor. Bogotá, octubre 8 de 1938 —

Alcides Arguedas, el famoso escritor boliviano que con la presentación de su patria estuvo entre nosotros, de donde llevó apuntes para hacer el interesante, discutible, ameno libro, La Danza de las Sombras, del que se escapan tan fervida simpatía por Colombia y tan amables expresiones para algunos de sus hombres, entre los cuales resultamos nosotros, no obstante dos reparos que otro día analizaremos, muy favorecidos, dirigió al doctor Eduardo Santos, presidente de la república, una carta dolorosa, que en El Tiempo leímos muy de paso y que acabamos de releer en el Repertorio Americano, ese respiradero de la libertad del continente que García Monge mantiene en Costa Rica.

Empieza por referir que en pleno palacio presidencial fue herido en la frente por el jefe de la nación, candidato obligado para su colección de tristes “caudillos bárbaros”. No dice con qué lo hirió ni cuál fue el motivo. Pero ocho días de casa de salud, de curaciones, de vendajes, hacen pensar que requirió la espada o el cuchillo quizá del matancero. Actitud de salvaje y de cobarde, de hombre impulsivo, para quien no son respetables ni el sitio, ni la investidura, ni la sociedad, ni la nación, ni el individuo ilustre que ha hecho sonar afuera más que otro alguno el nombre de Bolivia.

Es el idealismo, es el romanticismo, es el filial amor por su patria, lo que movió su pluma para escribir las sentencias cáusticas de Pueblo Enfermo. Son esos mismos sentimientos los que se agitan en la entraña de la obra que eterniza la ignominia de los Caudillos Bárbaros. Los mismos influyeron cuando lanzó su candidatura para diputado, no pidiéndola sino exigiéndola, no considerándola un honor sino un deber, asimilando la tribuna, como hace muy bien un hombre de su estirpe, a cátedra y a trincheras. Los mismos debieron ser los que, expresados con valor ante el mandatario impaciente, merecieron para su frente una condecoración de sangre.

Pero lo más grave es el peligro en que se encuentra su vida. Escondido para escribir, dispuesto a asilarse en una legación amiga, pero con el propósito de aprovechar alguna coyuntura para buscar en tierra extraña el pan que en su Bolivia le sabe muy amargo, tiene el presentimiento de ser sorprendido y capturado para pasar el resto de sus días, agonizando lentamente, en alguna de las aldehuelas mortíferas en que abundan nuestros pueblos, lugar de confinamiento de los hombres ilustres cuando los torpes gobiernan. Más rápido todavía: puede ser asesinado por malsines a sueldo, o cazado como fiera con la aplicación implacable de la ley de fuga.

Hay que estar atentos. Hay que mirar hacia Bolivia, por solidaridad de la inteligencia y solidaridad del corazón, y hay que hacer saber al sátrapa que todo el continente vela, para que no se apague oscuramente ni se ponga bajo el celemín la llama de una inteligencia y de una voluntad que son honor de América. Con Alcides Arguedas están hoy todos los hombres libres y todos los hombres responsables, todos los que mueven una pluma y todos los que saben convertir en clarines las gargantas para que se oigan muy lejos las notas de condenación a los procedimientos de los bárbaros. Después de la carta de Alcides Arguedas, de su vida queda respondiendo el presidente de Bolivia ante el mundo.

Discurso memorable...

(Viene de la página 2)

co, compatriotas, vuestras felicitaciones, y a causa de ellas pisaría el umbral del año 86 con paso firme y ánimo tranquilo.

Una máxima política, comprobada por los siglos, os dejaré como un legado.

Los pueblos se suicidan cuando dan en creerse a sí mismos inmorales, degradados y corrompidos. El mal existirá siempre en la tierra; pero hoy más que nunca, los pueblos libres brillan por sus virtudes. Si os reconocéis venales o abyectos, os gobernarán como a presidiarios. Ved hoy a vuestros jueces, y tened confianza en que la justicia prevalecerá por todas partes.

Dr. E. García Carrillo

ofrece a usted sus servicios profesionales

Medicina General

Corazón y Aparato Circulatorio

Electrocardiografía

San José de Costa Rica. - Teléfono 3754 - De 5 a 7 p. m., previa cita



Don Arturo Urién rodeado de algunos niños de la Escuela Maternal

Carta alusiva

San José, Diciembre 17 de 1929.

Mi querido don Arturo:

Recibí las Obras de Sarmiento que usted con su generosidad proverbial consiguió para mí. ¡Imagínese mi alegría! ¿Qué regalo mejor ha podido traerme el Niño?

Leeré algunas de esas obras y releeré otras. Crece-
rá mi devoción por Sarmiento y mi amor a la Argenti-
na. Gracias a Ud., mi excelente amigo. Siempre recor-
daré este beneficio.

Créame suyo siempre, affmo.,

J. GARCÍA MONGE

(A don Arturo Urién).

Nota de 1938.— Don Arturo Urién fue un Cónsul ejem-
plar de la República Argentina en esta ciudad de San José de Costa
Rica. Estuvo con nosotros cinco años, de 1926 a 1931. Fue un hom-
bre servicial, un bienhechor que amó a nuestros niños desvalidos. Dejé
aquí amigos que jamás lo olvidaremos.

Nos obsequió con los 52 tomos de las Obras de D. F. Sarmien-
to, publicadas bajo los auspicios del Gobierno argentino. Poco a
poco las hemos ido leyendo y señalando; son una mina de nobles in-
citaciones e ideas constructivas. Sarmiento, como hombre y escritor,
tiene salidas estupendas. Ya hemos publicado algunas en anteriores
ediciones de este Repertorio, y más que sacaremos, hasta agotarlas.
Hay donde escoger y el aprendizaje es largo.

Mi epitafio diría...

Y ahora que en el último tercio de mi vida, remonto esta red de ríos majestuosos que han descendido en silencio inútil por los siglos de los siglos, y oigo el vivificador murmullo de las ruedas del vapor o el silbato que anuncia su arribo a un pueblo naciente, siento que no esté vivo el viejo Vélez para pedirle breve epitafio en latín para mi tumba (único terreno que poseeré, y quisiera dejar cultivado). Los Ros-
tros del Foro, y Mercurio echando su caduceo entre víboras para separarlas, a guisa de arbitraje, no estaría mal como emblema, si los clásicos griegos y latinos tuvieran como yo, el a, b, c del sila-
bario como Iliada, Odisea y Eneida. Mi epitafio diría, como el resumen de mis deseos:

**Una América toda
asilo
de los Dioses todos
con
lengua, tierra y ríos
libres para todos.**

Que en ello está comprendida la ins-
trucción primaria, la libre navegación,
la ocupación del desierto con la emi-
gración, y el tribunal de arbitraje que
usted recuerda.

(De D. F. Sarmiento en carta de
Asunción, Paraguay, setiembre 1º de
1887, al señor Adolfo Saldías. En el
tomo XXXIV de sus Obras. Buenos
Aires. 1910).

No hay como el Gral. Santa Cruz

...Porque no nos empeñemos en negar al General Santa Cruz un partido; hay hombres que en las incertidumbres del presente, vuelven sus miradas a lo pasado, creyendo que no hay quien sepa gobernar como aquel que mantuvo la tranquilidad durante diez años; hombres que se postran ante cualquier soldado afortunado; hombres hay que echan de menos los empleos, la protección y los favores que un caudillo sabe derramar a manos llenas; militares dados de baja o empleados ocurrentemente, los que comprendiendo poco los intereses de su país, no conciben más allá del General predilecto; descontentos que quieren derrocar un Gobierno odiado; revoltosos que han contribuido a la caída de Santa Cruz, como contribuirán a la de los Gobiernos actuales; últimamente, personas bien intencionadas que le son adictas y quisieran verlo restablecido en el poder.

(De D. F. Sarmiento en 1844; en el tomo XXXIV de sus Obras. Buenos Aires. 1900).

Atención!

A él (Protágoras) se deben los comienzos de las investigaciones gramaticales, especialmente el intento de distinguir las diversas clases de palabras (sustantivos, verbos, adjetivos, etc.) y de oraciones, y de dar nombres para la "perfección del lenguaje".

Nota.—Es muy digno de atención para la pedagogía lo que acerca de esto observa Gomperz: "qué sea un adverbio o una preposición; qué normas regulan el uso de los modos o de los tiempos; de todo esto, jamás un Píndaro o un Esquilo supieron una sola palabra. La maestría en el uso del lenguaje llegó a su punto culminante mucho antes de que se hubiera intentado justificar de alguna manera las reglas del hablar". Es esto

también característico para la precedencia de la actividad "instintiva" sobre la reflexión, que observamos en todos los dominios de la cultura.

(De Augusto Messer, en el tomo I de su Historia de la Filosofía. Revista de Occidente, Madrid. 1927).

Méjico... una segunda patria

Por los recortes de diarios que me llegan, bajo cubierta de su Legación, quedó con infinito placer apercibido del vivo interés con que usted mira el éxito de nuestra empresa; con colaboradores como Ud. una menos importante saldría feliz: Méjico y mi propio país se hallan en idéntica situación a la víspera: de terminar la guerra civil, y proceder por nuevas vías a extinguir sus teas. Así es que mi primer solicitud cada día, es ver la palabra Méjico en los diarios, y cada ocho, Río de la Plata. "Ambas Américas" depende de aquellos dos extremos; y aun mi situación personal, pues si somos vencidos en la República Argentina, mis miradas se volverán a Méjico, en busca de una segunda patria.

(De Sarmiento a D. Matías Romero, en carta de Nueva York, mayo 21 de 1867. En el tomo XXXIV de las Obras de D. F. Sarmiento. Buenos Aires. 1900).

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén Robert, frente a Reimers

Teléfono 4184 — Apartado 338

Deben los poetas escribir sobre política?

Por EMILIA PRIETO

— Envío de la autora. Seliembre del 38, en San José de Costa Rica —

No voy a contestar con un ¡sí! ni un ¡no! rotundos que suenen como a los que lanzan los héroes de Echegaray.

Quizás sea mejor importunar con un poco de pedagogía para ver si se entiende el sentido real del escabroso asunto.

Es cosa aceptada que los poetas tienen que ver con la belleza y que la expresan en forma artística.

En el párrafo anterior, que es del dominio de personas de mediana cultura, tenemos tres conceptos gruesos que considerar:

poetas
belleza
forma artística

adelantando que la base en que nos vamos a colocar para considerarlos ha de ser necesariamente, la concepción moderna de que las palabras no tienen valor absoluto, y que no pueden cerrarse dentro de un sentido intransigente, que ante una determinada situación, las vuelva inadecuadas.

De todo lo anterior se sigue que, el poeta no es tal, si no sabe hallar la belleza o si es incapaz de expresarla artísticamente. Definirlo pues a él, implica definir los otros dos términos.

Belleza.—El diccionario dice que la belleza produce "deleite espiritual". Nos hemos hallado con un nuevo término —el espíritu— representante de algo "invisible", presente siempre en todas las cosas y que con relación a las cuestiones artísticas tiene, según mi parecer, una doble acepción: El espíritu de la época con sus características particulares, y el que cada uno lleva dentro de sí mismo, —dicho esto sin caer en teología—, es decir, el modo propio de sentir, asimilar, interpretar y reaccionar.

Entendidas así las cosas, los grandes poetas se nos vuelven accesibles, familiares. Pierden todo esoterismo. Lo buscamos como al amigo dilecto, siempre seguros de ellos.

Espigando ligeramente en Homero hallaremos esta admonición dulce, profunda, que se alza sobre cinco palabras engarzadas como por un orfebre:

"... y pensó en su corazón"

Luego el Dante, "poeta político", hará la descripción de los comodidosos, de los neutrales:

"Ángeles mixtos que ni rebeldes
ni leales a Dios,
sólo pra sí mismos fueron".

Wihrtman le dice con acierto de poeta moderno a la locomotora

"Belleza de voz feroz"

Thomas Moore nos describe como en un idilio *El origen del arpa*. Edgar Poe solitario, fatal, surge misteriosamente de entre los tonos fríos y cárdenos del *Cuervo*.

Todos ellos como la incógnita resuelta entre esos dos miembros de una ecuación viva, constantemente planteada, que es el doble espíritu de la época en que vivieron y del de sí mismos.

Pero siguiendo una cronología que comprende tanto nombre y tanto hecho, tropezamos con un dato histórico. Es dolorosamente monstruoso y a la vez histriónico. Aparece cuando Nerón incendió a Roma, a la Polis (de donde viene política) y al verla ardiendo se sintió viciosamente poeta, tomó la lira y le cantó a la "Belleza" de la destrucción. Estos poetas de la destrucción y la muerte, verdaderos sub-hombres

inconscientes, han hecho de ellas un bello deporte, un nuevo arte rico en técnica, en exquisiteces y sensación estética, cuyo material lo han sacado de las canteras humanas de Abisinia y España. Y como algún nombre han de tener, llamémoslos "a-políticos" (negación de la Polis), invocando a la Santa Etimología, que es abogada de confusiones.

Y de los tiempos de Nerón, saltamos muchos siglos para caer en la realidad de nuestro hoy, en este hoy angustiado e incierto y hallarnos un himno (I) de Pablo Neruda, compuesto de nombres de ciudades:

Cómo era España

*Era España tirante y seca, diurno
tambor de son opaco,
llanura y nido de águilas, silencio
de azotada intemperie.*

*Cómo, hasta el llanto, hasta el alma
amo tu duro suelo, tu pan pobre,
tu pueblo pobre, cómo hasta el hondo sitio
de mi ser hay la flor perdida de tus aldeas
arrugadas, inmóviles de tiempo,
y tus campiñas minerales
extendidas en luna y en edad
y devoradas por un dios vacío.*

*Todas tus estructuras, tu animal
aislamiento junto a tu inteligencia
rodeada por las piedras abstractas del silencio,
tu áspero vino, tu suave
vino, tus violentas
y delicadas viñas.*

*Piedra solar, pura entre las regiones
del mundo, España recorrida
por sangres y metales, azul y victoriosa
proletaria de pétalos y balas, única
viva y soñolienta y sonora.*

*Huélamlo, Carrascosa,
Alpedrete, Buitrago,
Palencia, Arganda, Galve,
Galapagar, Villalba.*

*Peñarrubia, Cedrillas,
Alcocer, Tamurejo,
Aguadulce, Pedrera,
Fuente Palmera, Colmenar, Sepúlveda.*

*Carcabuey, Fuencaliente,
Linares, Solana del Pino,
Carcelen, Alator, Mahora, Valdeganda.*

(1) Pablo Neruda, *España en el corazón*. Himno a gloria del pueblo en la guerra (1935-1937). Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1937.

*Yeste, Riopar, Segorbe,
Orihuela, Montalho,
Alcazar, Caravaca,
Almendrales, Castejón de Monegros.*

*Palma del Río, Peralta,
Granadella, Quintana
de la Serena, Altienda, Barahona,
Navalmoral, Oropesa.*

*Alborea, Monovar,
Almansa, San Benito,
Moratalia, Montesa, ..
Torre Baja, Aldemuz.*

*Cevico Navero, Cevico de la Torre,
Albalate de las Nogueras,
Jabaloyas, Teruel,
Camporrobles, la Alberca,*

*Pozo Amargo, Candeleda,
Pedroñeras, Campillo de Altobuey,
Loranca de Tejuña, Puebla de la Mujer Muerta,
Torre la Cárcel, Játiva, Alcoy,*

*Puebla de Obando, Villar del Rey,
Beloraga, Brihuega,
Cetina, Villacañas, Palomas,
Navalcán, Henarejos, Albatana.*

*Tortendojimen, Trasparga,
Agramón, Crevillente,
Poveda de la Sierra, Pedernoso,
Alcolea de Cinca, Matallanos.*

*Ventosa del Río, Alba de Tormes,
Horcajo Medianero, Piedrahita,
Minglanilla, Mavamorcuende, Navalperal,
Navalcarnero, Navalmorales, Jorquera.*

*Argora, Torremocha, Argocilla,
Ojos Negros, Salvacañete, Utiel,
Laguna Seca, Cañamares, Salorino,
Aldea Quemada, Pesquera de Duero,*

*Fuenteovejuna, Alpedrete,
Torrejón, Benaguacil,
Valverde de Jucar, Vallanca,
Hiendalencina, Robledo de Chavela.*

*Miñogálindo, Ossa de Montiel,
Mentrida, Valdepeñas, Titaguas,
Almodóvar, Gestalgar, Valdemoro,
Almurodiel, Orgaz.*

himno de Humanidad enseñoreada de sus legítimos derechos, arquitectura de pedrones cuadrados que contra el diluvio y los huracanes se levanta sobre tierras de Esperanza, en muralla defensiva y protectora. Canto de cósmicas proporciones, como para ser declamado por gigantes, en la cima de las rocas, sobre los acordes profundos del trueno y las tempestades. Deleita nuestro espíritu, como lo pide el diccionario, que por circunstancia muy particular, muy de nuestra época, está estragado de las cosas que tienen el fin en sí mismas y para hallar deleite necesita justicia y necesita que con ella la poesía se redima de Nerón y haga su nueva esencia.

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Y ahora sí. Ya podemos hablar de forma artística. Tampoco tiene ella, es decir la forma artística, un valor absoluto, ni cae dentro de una definición estática. Homero es poeta. Neruda es poeta. Y ambos se realizan en el recurso adecuado, propio, al tiempo que cada uno vive. Ni dentro de una misma clasificación caben imitaciones. El Dante, que se echó a cuestras como un Dios los problemas sociales de su tiempo, saca para él de dentro de nosotros, la admiración de mejor ley, pero no el deseo de imitarlo en la forma aunque sí mucho en el fondo.

Para terminar, un reparo a eso de "deben". Es tan municipal la palabra!

"Deben los poetas escribir sobre política?"

Si hay quien lo hace es porque tiene un corazón de hombre armónico y simpatizante, den-

tro del que cabe, no sólo el afecto de sí mismo, como les ocurría a los ángeles mixtos del Dante, sino también el de los otros hombres, y de quienes cerca de él, junto a él, son ciudadanos que arrojan una cifra estadística, un dato de empadronamiento civil, de nacionalidad y de humanidad en último término. Es porque aun hay hombres que "piensan en su corazón", según el decir de Homero.

No que los poetas deban escribir sobre política. Sino que nosotros los que no somos poetas, debemos pedirles que se cautericen la gangrena lírica, que no actúen como el que divide por 2 lo que multiplicó por 2, y que en nombre de la civilización y la cultura no se queden dándole vueltas a un círculo cuando ya todas las cosas ascienden en espiral.

O vicio, automatismo y manía, o poesía auténtica que ponga en clave de belleza los más altos intereses del hombre.

Intercambios culturales

Por DELIA MARIA GUEVARA

— Envío de la autora. Santiago de Chile, agosto de 1938 —

Considerando la cultura como un conjunto de ideas vivas que cada tiempo posee, ellas son susceptibles de manejo y cambios, de modo que una unidad geográfica cultural y civilizadora desarrollada pueda, en un momento dado, inferir en otras culturas, con responsabilidad y acatamiento.

La cultura es un proceso de gestación y laboración genuinamente universal, patrimonio de las colectividades humanas y no, en modo alguno, goce y posesión estagnatorios de ciertas clases directoras. Los esteticistas que hablan de una cultura burguesa capitalista o proletaria, consideran el problema cultural desde un punto de vista meramente político y circunstancial, haciendo abstracción de una idea común que señoree a su propio beneficio el patrimonio cultural de los pueblos. Es verdad, sí, que hasta hoy la cultura ha permanecido reducida en un élite parasitaria y amorfa, que hace de ella una cosa fría y sin vida, donde el pensamiento lucubra con conceptos estilizados y esquematizantes, impidiendo que la enorme masa de la humanidad ignore el problema en su pura esencia noumenal. Frente a este aspecto de goce y credo clasista, se levanta entonces nuestra voz de generación joven que lucha porque la cultura llegue al corazón mismo de todos los hombres, en especial, de los que siempre oprimidos e ignorantes proletarios, a quienes se ha ofrecido siempre el puro dominio y la sola liberación de lo económico. Cuado el hombre comprenda su papel humano en la vida y haga valer su derecho de "homo sapiens" rompiendo las ahorcadoras vallas económicas, entonces será hombre en totalidad y cultura.

Nuestros jóvenes pueblos americanos, donde aún no existe una firme tradición cultural y civilizadora, ya que la cultura pre-incásica, azteca y precolombina no pueden darnos el derrotero para crear a base de ellas una cultura americana—permanecen silenciosos y apagados, encasillados egoístamente en sus pocos credos cultos y en sus verdades políticas, sin el suficiente sentido gregario que los lleve a una amplia comprensión de los problemas eminentemente americanos, pero con una clara proyección hacia un futuro humano y universal.

Esa misma incompreensión y egoísmo de posición puramente inferior, hace que nuestros pueblos recién venidos a la vida libre se muerdan

y se maten recíprocamente, porque no tenemos todavía la sólida fe en nuestro destino de creación y afirmación, siendo sólo pequeños juguetes de las oligarquías que nos venden traidoramente a los imperialismos. Somos demasiados pequeños para que salgamos de nuestra concha viciada y nos demos a una comprensión mútua y sincera de pueblo americano auténtico y puro, de pueblo que comprende su valor dentro de la escala ascendente que guía a la humanidad en su eterna búsqueda de la verdad y la justicia.

Esta misma ceguera por falta de relaciones culturales más estrechas y amplias, nos ha impedido poner coto de una vez por todas al desangrarse de nuestros pueblos hermanos, como Paraguay y Bolivia, donde se matan nuestras juventudes por un ideal que no entienden y que en verdad no existe; esta misma ceguera hace que permanezcamos indiferentes ante el asesinato de las juventudes en Puerto Rico y Nicaragua; y esta misma ceguera hace que aplaudamos a los países americanos que hoy

comienzan a armarse, amenazadoramente, para dominar a los pequeños que sólo quieren vivir en paz.

Ante estos peligros dentro y fuera de América, se hace necesario que las juventudes americanas se unan en un abrazo potente que selle la unidad completa entre nuestros pueblos hermanos. Mientras no lo hagamos, estaremos muriendo en vida.

En Costa Rica, la nueva generación, con una cultura seria y ganada a costa de grandes sacrificios, ya que para conseguirla tenemõs que ir a buscarla a otros países, comprende el problema americano en toda su amplitud y aprovecha estas relaciones entre pueblos hijos de una misma madre, para entender y querer a las juventudes que hasta hace poco nos eran del todo desconocidas. Y si ignorándolas ayer pudimos hasta matarnos cordialmente, hoy que nos conocemos, no podríamos hacerlo, porque veríamos en ello nuestra propia sangre derramada. El papel principal de los cambios interculturales está en que las realidades y problemas de los distintos países se hacen idénticas y fáciles desde el momento que los consideramos nuestros, como nuestra propia verdad. Conociéndose los pueblos llegan fatalmente al amor.

Nuestra juventud en Chile ha encontrado una grata acogida y nos hemos comprendido abierta y sinceramente, de modo que ya no podríamos hablar de una juventud chilena y de otra costarricense: hablamos de la juventud americana.

En Chile encontramos a un pueblo de mayor solidez cultural y aceptamos hidalgamente sus experiencias y bebemos de su leche. Las embajadas culturales que nos ha enviado este país han tenido en nosotros una grata acogida y un franco reconocimiento. Recordemos por ahora la embajada cultural de los distinguidos educadores Salinas, que organizó en forma eficiente y seria los liceos costarricenses, Galdamez, Piga y Bustos en la organización universitaria, secundaria y primaria, y la eficiente y prestigiosa educadora Amanda Labarca, que en viaje de amistad y simpatía visitó nuestro país junto con el distinguido catedrático y actual rector de la Universidad don Juvenal Hernández, bajo cuyo gobierno nos han sido cedidas simpáticamente las becas de que disfrutamos en la actualidad.

La obra de estos educadores ha colocado a Chile en el honroso sitio que ocupa dentro del concierto cultural del continente. Para ellos nuestro agradecimiento y nuestra fe.

En nuestra patria también nos honramos con la presencia y la amistad de hombres que no son ya de nuestro país, sino del continente y que cursaron sus estudios universitarios en Chile. Me refiero a Fidel Tristán, Elías Leiva, Brenes Mesén y, en especial a Joaquín García Monge.

García Monge es uno de los valores más puros y nobles de América Hispana. Su nombre es evocador de luchas y de continuas afirmaciones políticas y culturales. Representa un firme baluarte contra las tiranías y su palabra es fe y verdad, es combate y honradez: es vida. Aunque ha sufrido persecuciones, García Monge permanece defendiendo sus ideales de justicia y humanidad desde el alto rango de prestigio cultural que ocupa en América. Hostilizado cuando la tiranía de los Tinoco en 1917, separado de la enseñanza y de la Biblioteca Nacional que dirigía, Joaquín García Monge se vigoriza en relieves de granito, siendo reconocido como un genuino y valioso conductor de juventudes. Nosotros vemos en él a un padre excelente que nos cuida y nos

(Pasa a la página 10)

**CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL**

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente".**

Trofeos de Conquistador

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA

= Envío de Carlos Deambrosis Martins =

No siempre he de enviar a nuestro periódico "grandes colaboraciones europeas", o comentarios sobre la malhadada guerra civil española, o entrevistas con personalidades políticas o literarias, o glosas sobre la Hora Internacional. O, alguna nota sobre la Moda o sobre la llegada a París de Marlene Dietrich...

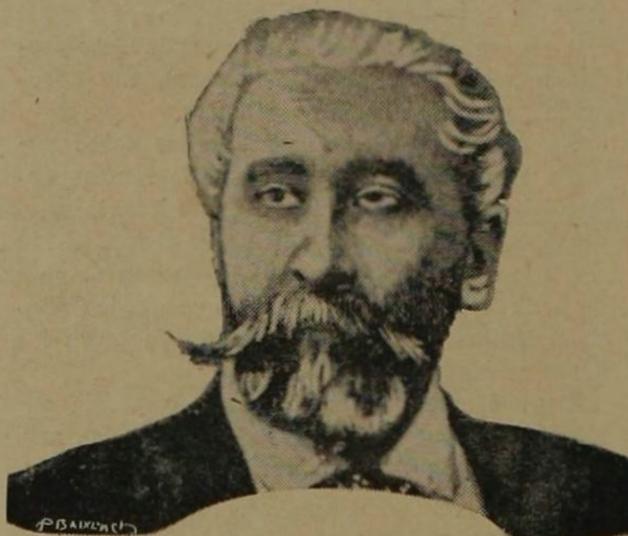
La prosa hispanoamericana enviada desde Lutecia es a modo de remanso para el espíritu inquieto y en vela siempre ante el espectáculo de esta Europa febril y trágica... ¡Tiempos felices en que el cronista remitía desde esta ciudad del Espíritu las crónicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Ugalde, García Calderón, Arguedas...! Los creadores de la América —como los llamó un ensayista ecuatoriano. ¡Hosanna! Por este correo de hoy enviamos a nuestro periódico, la prosa ilustrada de un gran maestro hispanoamericano, de la escuela de Rodó y de Martí: Max Henríquez Ureña, uno de los cerebros más lúcidos en todas las disciplinas del conocimiento y de la inteligencia. Su personalidad es varia, múltiple, y quien como nosotros ha seguido su obra desde hace veinte años, siente literalmente vértigo. Desde luego, el caso de los Henríquez y Carvajal y Henríquez Ureña, es único en América. Estos nombres: Salomé Ureña, la gran poetisa dominicana del siglo pasado (madre de Max), Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Pedro y Max Henríquez Ureña, constituyen, a través de dos generaciones, la verdadera aristocracia del Espíritu; el Espíritu del Nuevo Mundo.

La "gran colaboración" que honra hoy nuestras columnas, es un homenaje de su autor a José María de Heredia. Precisamente, las prensas de la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile, acaban de publicar —por primera vez en castellano— una traducción completa de los sonetos del poeta cubano-francés. Su autor, Max Henríquez Ureña, ha realizado (y sólo él podía realizarlo) este trabajo de esteta, de erudición, de lingüista, de crítico, de creador... Sus minuciosas acotaciones finales, dignas de Menéndez Pelayo, representan una labor tan ardua, tan complicada como la traducción misma —que es el fruto de muchos años de trabajo y de investigación. Esta versión constituye un verdadero acontecimiento literario en nuestro idioma y, por lo mismo, el flamante libro que nos llega de Chile debe figurar —como la más preciada y más pura obra de arte— en todas las bibliotecas públicas y privadas de América.

Nuestros lectores juzgarán la pasión herediana de Max Henríquez Ureña a través de esta prosa de gran estilo, digna del marco espléndido de Los Trofeos. El descendiente del héroe de Cartagena de Indias ha encontrado en su traductor su más alto y su más fiel intérprete; de buen talante, el poeta de los divinos sonetos de mármol hubiese firmado con pluma de cisne la suntuosa transcripción castellana del insigne polígrafo dominicano! ¡Hosanna! Hosanna!

CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

París, mayo, 1938.



José María de Heredia

...En los albores del siglo XIX emigraron de Santo Domingo y se reunieron más tarde en Cuba, tres hermanos nativos de la antigua Española y descendientes, en línea directa, del fundador de Cartagena de Indias: eran hijos de don Manuel de Heredia y de doña María Francisca Mieses. Mieses de honor, mieses de amor era la divisa nobiliaria que de esa suerte se había enlazado con la heráldica palmera de oro a cuya sombra florece una villa de plata en el escudo de los Heredia. José Francisco, el mayor de los tres hermanos, fue el padre de José María de Heredia, el máximo poeta cubano, cantor del Niágara. El segundo, Domingo, vinculado en segundas nupcias a una dama francesa, Luisa Girard, tuvo, como único hijo varón de ese matrimonio, a José María de Heredia, autor de *Los Trofeos*. Los dos poetas homónimos —de lengua española el uno y de lengua francesa el otro— eran primos hermanos. No se conocieron, sin embargo, pues ni siquiera fueron contemporáneos: el poeta del Niágara, nacido en Santiago de Cuba, en 1803, murió en 1839; el poeta de *Los Trofeos* nació en el cafetal La Fortuna, próximo a Santiago de Cuba, en 1842.

Muy diferente fue el destino de uno y otro poeta. El cantor del Niágara consagró su vida a la defensa de la libertad y al culto de la dignidad humana; despreció los títulos nobiliarios que le correspondían por primogenitura como descendiente del fundador de Cartagena de



Max Henríquez Ureña
(1937)

Indias; expuso su vida por redimir la isla esplendorosa que le vio nacer y por servir en México la causa de la democracia republicana, sufrió privaciones, ingraticudes y amarguras; y su poesía fue eminentemente personal y lírica. En cambio, el poeta de *Los Trofeos* jamás ambicionó ser actor en los sucesos políticos de su tiempo; fue tan sólo un espectador inteligente, capaz del comentario oportuno; amó el sosiego; su afición a los estudios históricos cimentó en su espíritu el amor al pasado y, por ende, el culto de sus tradiciones de familia vinculadas a pergaminos de nobleza; buscó con ahínco y perseverancia el campo propicio para el desarrollo de sus facultades y, enamorado de la perfección, cultivó el verso con paciencia de orífice; aspiró a revelar en su poesía un mundo impersonal; y si bien la gloria y el bienestar le sonrieron, ambos fueron el fruto de su laboriosa energía.

Huérfano de padre a los siete años de edad, apenas contaba nueve cuando fue enviado de Cuba a Francia, gracias al empeño maternal de Luisa Girard. En Francia cursó el bachillerato, y en 1859 regresó a Cuba, donde permaneció solamente dos años. Francia era ya su patria espiritual —¡allí había recibido su bautismo de cultura!— y su idioma predilecto era el francés; pero en Cuba, su tierra natal, se reveló su sentimiento poético. Una de sus primeras composiciones, para la cual escogió el molde del soneto —en el que tanto había de sobresalir después— fue consagrada a la fuente de la india, monumento que simboliza, en la figura de una matrona india, a la ciudad de la Habana, en uno de cuyos más pintorescos paseos está enclavada:

*Cuando se acaba el día, solo, junto a la fuente
descanso, mientras sueño con su dulce frescura...
Huyen mis pensamientos, tal como el agua pura
de su colmada urna gotea lentamente.*

*Bajo el esplendor tibio de la lucha silente
animarse parece la blanca vestidura
que el escultor te impuso; cual amable impostura
finge rasgos amigos tu forma evanescente.*

*¡Novia del Sol, oh india de mis nativos lares!
Colón rompió tu sueño de virgen. Al arrullo
dormías de las olas ardientes y amorosas...*

*¡Oh mi país, oh Cuba! ¡Cuán dulce en los pal-
[mares
oir de tus arroyos la voz, con el murmullo
de paz y de amor que exhalan tus noches lumi-
[nosas! (1)*

Heredia escribió estos versos en marzo de 1860. En aquellos días de juventud la voz amiga de Enrique Piñeyro vibró en su oído como anunciación profética: "Yo solía decirle con toda seriedad —cuenta el propio Piñeyro— que su nombre era como un decreto del destino que le ordenaba dedicarse al cultivo de la poesía francesa y en ella esforzarse por brillar tanto o más que lo que su primo hermano y homónimo había brillado en la poesía hispanoamericana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción literaria ya tan notable; y que si él llegara a escribir buenos versos en francés, susceptibles por razón de la lengua sola de ser leídos en el mundo entero, era empresa grande y difícil, no

(Pasa a la página 11)

(1) Traducción de Max Henríquez Ureña, al igual que la de *Brisa marina*, citada más adelante.

Dos poemas del Cardenal Newman

Por PIO BOLAÑOS

= Envío del autor. San José de Costa Rica, setiembre de 1938. =

Los dos poemas vertidos al castellano y que se leerán enseguida revelan dos estados del alma de su autor, el Cardenal John Henry Newman, en dos períodos álgidos de su intensa vida intelectual y religiosa.

Como se sabe, hace más de un siglo se inició el célebre movimiento religioso de Oxford, figurando en él desde sus principios, John Keble, Hurrell Froude, el doctor Pussey, Wiseman, Manning, Newman y otros personajes de elevada cultura, movimiento religioso y trascendental que conmovió a Inglaterra entera, culminando con el renunciamiento de todos ellos a las prácticas de la iglesia anglicana y su conversión al catolicismo romano. Wiseman, Manning y Newman, obtuvieron después la púrpura cardenalicia y el Cardenal Manning en el Concilio Vaticano logró destacarse como uno de los más prominentes teólogos de esa época. *El Diabolo del Concilio*, lo llamaban sus enemigos; y él se gloriaba del nombre.

Pero de entre los tres cardenales ingleses que en el siglo pasado fueron honrados por la Santa Sede, Newman, casi puede decirse, fue el más espiritual de esas católicas eminencias. Poseía un robusto talento y una amplia cultura filosófica y religiosa. Desde la mocedad mostró una viva afición a las letras y expresaba sus sentimientos en delicada y honda poesía. Figura hoy en la literatura inglesa como uno de los mejores exponentes de ese arte y su nombre se destaca con relieve en el desarrollo cultural de Inglaterra.

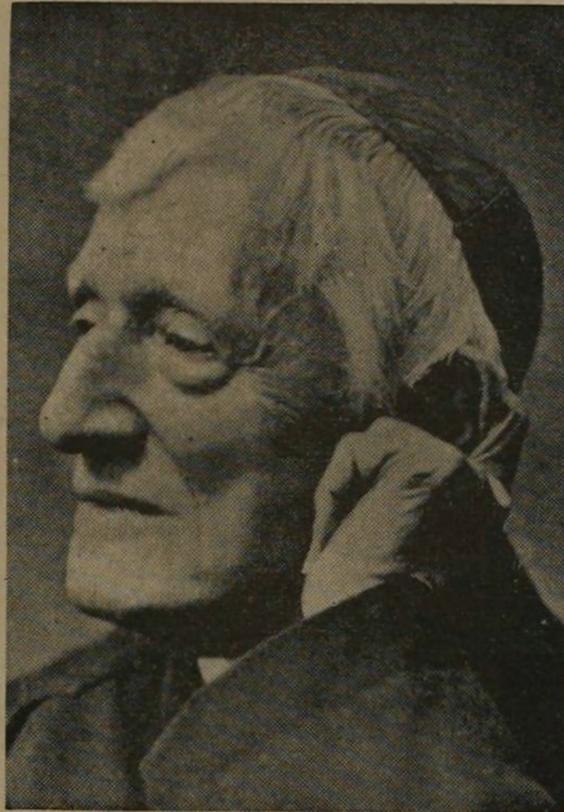
Fue profesor de Oxford y vicario de la pequeña parroquia protestante de Saint Mary, en Littlemore. Allí predicó antes de su conversión al catolicismo. Sus sermones, plenos de erudición y de altos conceptos religiosos, despertaron interés entre sus feligreses. Años después, cuando ya manifestaba simpatías hacia la iglesia romana, esas prédicas fueron objeto de duros comentarios por algunos pensadores y pastores protestantes coterráneos suyos.

Resuelto a dar el paso final, visitó Roma en 1832. Al regreso a Inglaterra y durante la travesía escribió el bello poema *La columna de fuego*. Antes había escrito numerosas obras religiosas, así como sus célebres opúsculos que produjeron inusitada sensación entre católicos y protestantes ingleses, y en general, entre toda la intelectualidad británica. De sus obras las más notables son: *The Anyans of the Fourth Century*, *Litá Apostólica*, *Lectures on Justification*, *Sermons in Oxford and in Saint Mary*, *The dream of Gerontius and other poems* y sus *Tracts*, que en gran parte contribuyeron a dar mayor fuerza y consistencia al movimiento de Oxford y por último, su gran obra, *Apología Pro vita Sua*, de la que después se hablará en este ligero comentario.

Cabalmente nos refiere en *Apología Pro vita Sua*, el estado de su alma cuando brotó de su delicada mente el poema de síntesis bíblica, *La columna de fuego* y sus íntimas impresiones en aquellas horas de ansiedad pasadas en una larga travesía en el Mediterráneo.

En uno de los interesantes capítulos de ese libro, hace esta íntima confesión:

"A fines de mayo (de 1832), salí de Roma para Palermo, viaje que duró tres días. Antes de abandonar la fonda donde me hospedaba, en la mañana del 26 de mayo, me senté en el lecho y empecé a sollozar amargamente. El sirviente que también hacía las veces de enfermero me preguntó de qué me quejaba. Sólo le pude con-



Cardenal J. H. Newman

testar: "Tengo que hacer un trabajo en Inglaterra".

"Estaba ansioso de llegar a mi casa; y, sin embargo, fui detenido durante tres semanas en Palermo. Comencé por visitar las iglesias, que calmaron mi impaciencia, aunque nunca asistía a ningún oficio divino. No supe nada de la presencia en ellas del Santísimo Sacramento. Por fin, conseguí pasaje en un navío cargado de naranjas que iba rumbo a Marsella. Tuvimos una calma chicha en el estrecho de Bonifacio que duró toda una semana. Fue allí que escribí las estrofas: *Guíame, Luz Benigna*, que desde entonces son bien conocidas. Iba escribiendo versos durante toda la travesía..."

Los últimos días que precedieron a la agonia de Newman para su abjuración y entrar en la grey católica romana, los ha descrito magistralmente, Wilfred Ward, testigo ocular de ellos, en la biografía sobre el Cardenal Wiseman.

Newman fue bautizado, según Ward, que presencié esa imponente ceremonia, en la noche del 8 de octubre de 1845 por el padre Domingo, pasionista.

El otro poema, *Los dos mundos*, lo escribió Newman ya convertido al catolicismo. En la biografía del Cardenal Manning, Litton Strachey cuenta la honda emoción porque atravesaba la delicada y candorosa alma del Cardenal Newman en esos precisos momentos de amarga pesadumbre.

Comenta Strachey esas horas y las describe así:

"Ya Newman había envejecido; tenía 63 años

de edad; ¿qué le impulsaba a mirar hacia adelante? Pocos días de insignificancia y de silencio. ¿Qué significaba para él el pasado? Una larga serie de vanos esfuerzos, posibilidades olvidadas, facultades inapreciadas. Y al final, todas sus labores terminaban en acusarse ante Roma de falta de ortodoxia. No pudo contener su indignación y en una carta dirigida a una dama, penitente suya, dio libre curso a la amargura que sentía su alma. Cuando su artículo en el "Rambler" fue censurado, se habló de llamarlo a Roma. "Llamarme a Roma", prorrumpió, "¿qué significa esto?" "Significa arrancar a un anciano de su hogar obligándolo a ponerse en contacto con personas cuyo lenguaje es extraño para él, a alimentos y costumbres que casi le causarían hambre o miseria, por una parte; y después, entretenerle en insignificantes días y noches, es decir, obligarlo a hacer de plantón ante la propaganda, por semanas y semanas, por meses y meses, lo cual significaría la muerte".

Más adelante, agrega Strachey: "Sin embargo, a pesar de todas esas exasperaciones del espíritu, ¿de qué tenía que lamentarse? ¿No gozaba de un misterioso consuelo que se superponía a su aflicción? Ciertamente, ciertamente, lo tenía". Y de ese estado de alma del viejo Cardenal Newman, asegura Strachey, nació el poema *Los dos mundos*.

Pero no pararon allí sus tribulaciones. Charles Kinsley, escritor protestante, lo atacó duramente, poniendo en tela de juicio su buena fe católica, así como la de todos los católicos en general. El furibundo artículo de Kinsley apareció en una revista inglesa. Newman contestó con su obra, *Apología Pro Vita Sua*, escrita, según dice él mismo, "en siete semanas, trabajando a veces hasta veinte y cuatro horas sin interrupción, constantemente en lágrimas y constantemente angustiado".

"El éxito de esa obra de Newman", declara Strachey, "con su transparente sinceridad, su brillante controversia, lo ardiente y melodioso de su dicción, la intensidad de sus sentimientos personales, fue rápido y abrumador, aceptándose inmediatamente como una obra clásica, no sólo por parte de los católicos, sino también por todo el mundo de habla inglesa; de todos lados llovieron expresiones de admiración y devoción sobre el autor".

El Reverendo Wm. Barry que en 1891 publicó una biografía sobre el Cardenal Newman, dice: "Ninguna autobiografía en el idioma inglés se ha leído tanto como ésta; tiene relación nada menos característica al siglo diez y nueve, como la de Boswell sobre Johnson en el diez y ocho".

Cuando escribió Newman su *Apología*, no era aun Cardenal; pero sí ya reconocido en Inglaterra como un conductor espiritual con treinta años de honorable y docta reputación.

He aquí, vertidos al castellano en verso libre, esas dos obras lírico-religiosas de la literatura inglesa de la reciente época victoriana:

La columna de fuego

*Guíame, Luz Benigna, por esta circundante lobreguez,
Guíame Tú!
Oscura está la noche y lejos estoy del hogar,
Guíame Tú!
Protege Tú mis pies; no pido ver
la distante escena; un paso es bastante para mí.*

Yo nunca fui así, ni imploré que Tú
me guiaras.
Quise escoger y ver mi ruta, mas ahora,
Guíame Tú!
Amé el deslumbrante día y, no obstante recelos,
orgullo dominó mi voluntad; olvida los años idos.

Entre tanto Tu potestad me bendiga, seguro siempre
me conducirá,
sobre páramo y fango, sobre risco y torrente, mientras
la roche pase,
y en la mañana sonríen los rostros d'esos ángeles
que por mucho tiempo amé, y por un rato perdí.

(En el Mar, a 16 de junio ode 1938.)

Los dos mundos

Revela, oh Señor! y en nosotros luce
con gracia y esplendor;
este brillante mundo palidece ante
la hermosura de Tu rostro.

Hasta Tu arte visto parece
a modo de un jardín de hadas,
donde rutilantes soles el cielo iluminan
y frutas y flores abundan.

Pero cuando Tu puro, vivísimo destello
cae sobre nuestra vista,
pierde todo su poder de encanto,
y lo que fue día es noche.

Los más nobles afanes son entonces los azotes
que hacen Tu sangre manar;
los deleites, no más que traicioneras espinas
que cercan, rodeando Tus sienas.

Y así, cuando renunciamos por Ti
los inquietos anhelos y temores,
los tiernos recuerdos del pasado,
la confianza en los años venideros,

pobre es nuestra ofrenda, cuya mirada
es iluminada de lo alto;
ofrecemos lo que no podemos conservar,
lo que hemos dejado de amar.

(En el Oratorio, 1862.)

Libros y Autores

(Índice y registro de las publicaciones que se
reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Las últimas ediciones *Ercila*—en Santiago
de Chile—son éstas:

M. P. Willcocks: *Madame Roland o
El espejo de los sueños humanos*. Traduc-
ción de F. Lizárraga Fischer.

Dr. Sergio Voronoff: *El amor y el
pensamiento en las bestias y en los hom-
bres*.

Blanca Dalla Torre Vicuña: *Teatro
para niños*. Obras para varones de 11
a 15 años. Teatro cómico escolar, Tea-
tro histórico y de leyenda, Monólogos
y Diálogos cómicos. Teatro Libre.—Es
el segundo de la misma índole que la
autora saca en las ediciones *Ercilla*.

Sinclair Lewis: *Obra de arte*. Traduc-
ción de Ernesto Lizárraga F. (Es una
novela).

George Friedmann: *De la Santa Ru-
sia a la URSS*. Traducción de María
Romero.

Pierre Frondale: *Puerto Arturo*. Tra-
ducción de Jacobo Danke. (Es una no-
vela).

André Maurois: *La máquina de leer
los pensamientos*. Traducción de L. A.
Sánchez. (Es una novela).

Roque Esteban Scarpa: *Poesía reli-
giosa española*. Antología. Del siglo XIII
al XX. (Muy interesante).

Manuel Chaves Nogales: *Juan Bel-
monte, matador de toros*. Su vida y sus
hazañas.

Señalamos:

Emilio Rodríguez Demorizi: *Poesía popular
Dominicana*. Vol. I. Sto. Domingo. 1938.
Donación del autor.

Editada por la *Hispanic Society of Ameri-
ca*, en Nueva York, esta antología: *Tranla-
tions from Hispanic poets*.
(Del siglo XIII al XX).

Dos poetas costarricenses: Carlos Luis Sáenz
y Fernando Luján, hallaron en ella honroso
puesto.

Dr. Hemmerdinger: *Sauvez votre estomac*.
Edition J. Olivien, 65, Avenue de la Bourdon-
nais. París (VII). 1937.

Envío de *Reagir*, mensuario de cultura hu-
mana, editado en París. Señas: las anterio-
res.

Carleton Beals: *The coming struggle for*

Latin America. Envío de la casa editora: J.
B. Lippincott Co. Philadelphia. New York.
London. Toronto.

(Es libro que aguarda un comentario).

He aquí el índice:

1.—The Mikado looks South. 2.—Swas-
tika over the Andes. 3.—The black shirts
march. 4.—The british lion retreats. 5.—
Red star South. 6.—Franco invades Latin
America.. —The good will racket? 8.—Our
new role: salesman or revivalist? 9.—Don
Quixote rides the Pampas. 10.—We fight fas-
cism. 11.—Argentina's imperialisms. 12.—
What does Latin America Want?

Los estudios que nos interesan:

*El abate de Pradt y su americanismo paradó-
jico*, por J. Conangla Fontanilles, colaborador
y amigo de este semanario. 1938. Cortesía del
autor. Señas: Apartado 973. La Habana. Cuba.

Leónidas Vidal Peña: *El drama intelectual
de Lugones*, Buenos Aires. 1938.

Donación del autor. Señas: Calle 9 de Ju-
lio 1939.

Rosario. República Argentina.

Otro libro suyo, de que ya hemos dado ex-
tractos en este semanario: *Meditaciones del Cid*.

Glosario de Amiel, por Pablo Muñoz Sáenz.
Reflexiones sobre la timidez y réplica al doc-
tor Marañón, Quito. 1936.

Donación del autor. Señas: Apartado de
Correos 469. Quito. Ecuador.

(Es premio nacional de ensayo 1935. Con-
curso organizado por el grupo *América*).

Publicaciones del *Instituto de Literatura
Argentina*. (Florida, 691, Buenos Aires):

Nicolás Granada: *Atahualpa*, drama histó-
rico en cuatro actos y en verso.

Emilio Berisso, por Virginia Etcheto de Ba-
dano. (Es el N^o 6 de la serie: *Noticias para
la Historia del Teatro Nacional*).

Ismael Moya: *Ezequiel Soria*, zarzuelista
criollo.

Ismael Moya: *El costumbrismo en el teatro
de Julio Sánchez Gardel*.

Justo López de Gomara, por Ana Mía, Ló-
pez de Medina.

Abdón Arozteguay, por Dora Corti.

(Son los Nos. 4 y 5 de la Serie: *Noticias
para la Historia del Teatro Nacional*).

Extractos y otras referencias de las obras an-
tecitadas, daremos en ediciones próximas.

Intercambios...

(Viene de la página 7)

vigila, que nos señala rumbos y enmienda
derroteros. Por eso lo amamos, y que esto lo
comprendan los gobiernos arbitrarios.

Señoras, señores: quiero que mi palabra jo-
ven y sincera no hiera sino que penetre; que
ella se moldee en vuestros corazones como
la imagen dura y precisa de vuestras emocio-
nes y sentimientos.

América está en desorden, y vive en un caos
de indecisión, envidias y egoísmos. Y si la juven-
tud no auna sus esfuerzos y orienta sus ideales
hacia un camino de total y sólida comprensión
americana, el porvenir nos matará. Para vivir
debemos comprendernos y amarnos. En nues-
tra propia comprensión está la fuerza de la
vida. Para amar a la humanidad hay que co-
menzar por amarse. (*Aplausos y vivas a Costa
Rica y a García Monge*).

Trofeos de...

(Viene de la página 9)

había de ser imposible para quien reunía ya tantos elementos esenciales".

Con estas palabras Piñeyro no hace más que estimular el íntimo y secreto afán de gloria que abrigaba el joven Heredia, para quien era imperativa consigna mantener en la historia el lustre de su apellido. De regreso a Francia, Heredia ingresó en la Universidad de París y se inició en las disciplinas del derecho, que luego abandonó. Cursó, además, el programa completo de ese admirable instituto de arqueología y paleografía que se llama Ecole de Chartres, y cuyo objeto fundamental es formar archiveros y bibliotecarios. Los estudios que Heredia realizó en esta escuela contribuyeron a fijar su orientación literaria: toda la labor de Heredia acusa la paciencia del paleógrafo y la devoción del arqueólogo; y además, al hábito adquirido en el manejo del material histórico debe atribuirse su preferencia por aquellos motivos de inspiración que la poesía puede desentrañar de la historia del mundo.

Visitaba Heredia los cenáculos parnasianos: allí, siguiendo la huella de Leconte de Lisle, de Théophile Gautier, de Baudelaire, de Banville, y en fraternal consorcio con Sully Prudhomme, Leon Dierx, Francois Coppée, Armand Silvestre, Catulle Mendés y toda la lira juvenil de aquel tiempo, adquirió singular renombre como cultivador esmerado de la forma poética. Nadie como él para hacer poesía impersonal, conforme al dogma del viejo maestro de los *Poemas Bárbaros*, o para seguir el consejo de Thophile Gautier: esculpe, lima, cincela...

Solazábase Heredia en la lectura de los viejos cronistas del Nuevo Mundo, y acaso si alguna vez pensó cimentar su fama, más que en el verso, en una obra, de largo aliento, en prosa: la historia de la conquista de América, en cuyas páginas viviría perpetuamente la gloria ancestral. No llegó a acometer tal empresa, pero sí tradujo en francés de la época de Montaigne y en estilo que éste no sabría desdeñar, la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, escrita por Bernal Díaz del Castillo a fines del siglo XVI. La traducción de Heredia representa diez años de laborar, es admirable por su claridad y su elegancia.

No había de confinarse, sin embargo, en el campo de la erudición histórica quien poseía tan refinado talento poético. La fórmula adecuada para el temperamento de Heredia no era otra que hermanar con la poesía su afición a los estudios históricos. Adquirió la idea de escribir, siquiera en parte, ya no la historia, sino la epopeya de la conquista de América —tema que siempre le sedujo, por encontrarse ligado a sus tradiciones de familia— y forjó una armoniosa columna de pareados alejandrinos que instituyó *Los conquistadores del oro* y que presentó como prólogo de un vasto poema épico: La derrota de Atahualpa.

Nunca terminó el poema. Concibió otra forma de epopeya sobre tema más vasto: la historia de la humanidad en sonetos. Así nacieron *Los Trofeos*, epopeya fragmentaria, donde cada soneto, es un cuadro histórico y cada cuadro es un trofeo del pasado. Esta concepción épica en forma fragmentaria no era nueva: entre otros, aspiraron a realizarla Víctor Hugo en la *Leyenda de los siglos*, y Leconte de Lisle en sus diversas series de *Poemas Bárbaros* —idea análoga, aunque en molde diferente— son una sucesión de cuadros que presentan, a modo de calidoscopio fascinante, las etapas culminantes de la historia del mundo: Grecia y Sicilia, Roma y los Bárbaros, la Edad Media y el Rena-

cimiento, el Oriente y los Trópicos, la Naturaleza y el Ensueño...

Muchos de estos cuadros, especialmente los de la edad antigua, acusan la imitación de los viejos moldes clásicos junto con una labor paciente de adaptación y calco de formas o imágenes de poetas de todos los tiempos. Sin embargo, la personalidad poética de Heredia surge inconfundible y única a través de ese procedimiento de artífice del mosaico. Nunca mejor que en este caso cabría afirmar que el estilo es la originalidad. Eugéne Langevin admiraba en Heredia el arte de hacer original la imitación. La originalidad de Heredia no está en las ideas, ni siquiera, muchas veces, en las imágenes; está en su arte peculiar de combinar las palabras para producir un efecto determinado; está en su sistema propio, musical y plástico a la vez, de provocar la emoción estética. La musicalidad de las palabras como armonioso marco a la plasticidad del concepto; he ahí una síntesis de su manera. Obra de escultor o de pintor son, por lo general, sus sonetos, donde la línea y el color prevalecen. Si se exceptúan algunos sonetos consagrados a la Naturaleza

Los hechos honrosos

Como esta defensa (la de Sexto Roscio Amerino) le hizo tanto honor en su mocedad, la recordaba en la vejez a su hijo con mucha complacencia, recomendándole como el camino más corto para llegar a la gloria y a los honores de su patria, el defender la inocencia perseguida, sobre todo cuando la opresión venía de los poderosos, "como yo hice muchas veces, dice en su tratado De Officiis, y particularmente en la defensa de Roscio, contra un hombre tan poderoso como Sila".

(En el tomo I de la *Vida y Discursos de Marco Tulio Cicerón*. "Biblioteca Clásica". Madrid. 1917).

Estos arzobispos...

Estos arzobispos que andan por la América del siglo XVIII respirando renacentismo, hablando en términos liberales, son el vivo ejemplo de las tremendas contradicciones que conturban a los hombres cuando está ocurriendo algún tránsito brusco en la historia. El mundo viejo, que es el suyo: el que les está nutriendo, el que sostiene sus iglesias, el que engorda sus curas, les toma de las faldas con una resolución desesperada. Y al propio tiempo una corriente tumultuosa y brillante de ideas nuevas les sume en ambiciosos ímpetus de liberación. Son ellos, claro está, insinceros. No pertenecen resueltamente, ni pueden pertenecer, ni al pasado ni al presente. Viven en equilibrio inestable y tienen que acudir con frecuencia a la traición para conceder a lo tradicional lo que ya le han obsequiado a lo revolucionario.

(De Germán Arciniegas, en su libro *Los Comuneros*. Bogotá. 1938).

y al Ensueño, no es la emoción lírica la que podremos encontrar en este poeta que quiso ser impersonal; pero si hallaremos la emoción plástica tal como ésta fluye de la pintura y la estatuaria.

Los Trofeos, ciento dieciocho sonetos publicados en forma de libro en 1893, junto con los *Conquistadores del oro* y tres adaptaciones de fragmentos del romancero del Cid, representan una labor de treinta años. Su aparición, largamente esperada, pues algunos sonetos del volumen figuraban desde hacía tiempo en antologías, se anticipó gracias al propósito de Heredia de presentar su candidatura para ocupar un sillón en la Academia Francesa. En tal empeño triunfó un año después, sin gran esfuerzo, frente a otros candidatos, entre los que figuraban Emile Zola y Paul Verlaine. Para aspirar a esa distinción que ambicionaba, llenó también la formalidad de obtener su carta de ciudadanía francesa. Francés... ¿no lo era espiritualmente desde la infancia?

"Al acogerme en vuestra compañía —dijo en su memorable discurso de recepción— habéis consagrado mi adopción por Francia. Siempre supe querer a Francia. Era la patria de mi inteligencia y de mi corazón. La he amado desde la cuna. Su lengua fue la primera cuyo canto conocí en la voz maternal. Es al amor de ese noble idioma, el más bello que, después de Homero, haya nacido en labios humanos, a lo que debo sentarme entre vosotros. Gracias a vosotros, señores, y nunca sabré agradecerlo demasiado, soy dos veces francés. Y no es sólo al poeta a quien honra vuestra elección: el honor refluye sobre nuestra hermana Latina, España, y va más lejos aún, llega hasta el Nuevo Mundo, que se disputaron nuestros antepasados comunes, más allá del Océano que baña la isla deslumbrante y lejana donde nací".

Nunca olvidó Heredia su isla natal, "deslumbrante y lejana". La recordó en los tres sonetos —únicos versos escritos por él en castellano— que consagró al centenario de su primo hermano y homónimo: el cantor del Niágara. La recordó también en su soneto *Brisa marina*, evocación nostálgica del trópico antillano:

El cortijo y el páramo, irvierno ha despojado de sus flores, y todo ha muerto. En grisea roca donde, sin fin, la onda del Atlántico choca, del último pistillo pende el pétalo ajado.

Pero no sé qué aroma tan sutil, exhalado del mar, me trae la brisa; y de embriaguez [sofoca mi corazón su efluvio, que algo extraño en mí [evoca...

¿De dónde viene el soplo cálido y perfumado?

¡Ah, sí! lo reconozco. Viene de tres mil millas, del mundo en cuyo sero las azules Antillas bajo el ardor cimbréanse del astro de Occidente.

Y desde el peñón kimrico, que bate ola colé- [rica, aspiro, en esa ráfaga de aire natal y ardiente, la flor que abrióse un día en el jardín de [América.

Tan delicado simbolismo ¿no es aplicable a la sensibilidad poética de Heredia que, al igual que esa flor innominada, brotó en el jardín de América para ir a derramar su aroma en tierras de Francia?

¡Digno heredero de sus antepasados, los conquistadores que en su blasón estamparon una palmera de oro, este poeta que fue del Nuevo hacia el Viejo Mundo a la conquista de un ramo de laurel!

Londres, 1938.

Pensemos en el tirano y su pandilla

(Mensaje)

= Envío del autor. Chiclayo, Perú, julio, 1938. =

Hermanos de Puerto Chicama:

Agradezco el *especial saludo fraterno* enviado a través del mecanismo invisible de la resistencia que nuestra organización partidaria técnica en la gloriosa clandestinidad que sufrimos los Apristas peruanos despojados de todos los derechos equitativos que cualquier régimen medianamente civilizado estatuye al cautelar la armónica convivencia social y en bien de su misma y legítima constitución democrática. La fraternidad que emocionadamente lo inspira, desde el expresivo llano de la masa aprista, vibra uniforme con la firmeza de mi temperamento hecho por y para la obra de la liberación del pueblo y de la juventud cuyos desgarramientos y afanes siento y comparto como hijo del pueblo y como joven soldado responsable de su causa y sobreviviente de memorables jornadas.

Nuestros enemigos no se apartan de la vía anti-peruana que la vindicta de la Historia atestigüa ceñuda y vituperante. No están, como pretenden hacérselo creer los hombres de la tiranía, fuera de las fronteras del país integrando el conjunto de los pueblos hermanos en Indoamérica, sino dentro de aquéllas, porque, primordialmente, han sido, son y serán nuestros enemigos irreconciliables no los pueblos y las juventudes que luchan para cumplir sus presentes y futuros destinos históricos librándose de igual estigma y de idéntico yugo criollo-fascista, sino, más bien, los que en el territorio nacional se conjuran hoy con el fascio italiano, japonés o alemán para matar las libertades peruanas y exprimir las energías de nuestra población nativa de indios, cholos y mestizos en la misma forma como ya lo hicieron traidoramente Rivagüeros y Torre Tagles, aliados de los realistas contra San Martín, Bolívar y Sucre. Enemigo de la patria es todo aquel que blasfema contra la libertad, porque sólo tiene patria quien la goza libremente en la tierra y en la historia, disfrutando del derecho de elegir y de ser elegido y con el bienestar del pan, el agua y el trabajo y la instrucción. Experimentalmente se sabe, en las horas de promisión de estas campañas, que cada vez que cruje el orden de una tiranía y que pelagra la animalidad de las comilonas burocráticas, debido a la crisis económica y a las sacudidas de la iracunda protesta nacional, los enemigos del pueblo y de la juventud ensayan distraernos con fraguados episodios de fronteras o con disturbios y choques armados promovidos aquí y allá, con la finalidad exclusiva de engañar a los desangrados pueblos que sufren los vejámenes del despotismo. Objetivamente la realidad enseña a todo aquel que quiera ver, oír y aprender cómo todas, absolutamente todas, las algaradas del vendepatrismo civilista no sirven a la patria, sino que se sirven de ella para tiranizarnos y traicionarnos mejor con la política asesina del amedrentamiento de la peruanidad y en la duplicidad de los conciliábulos de la diplomacia secreta. Si amamos a nuestro pueblo y no hemos perdido la fe aprista, antes de pensar en lo que se quiera hacer nos pensamos, pensemos en el tirano y su pandilla.

Hoy con hoy, ningún peruano conocedor de nuestra historia, podrá ignorar, estropear o subestimar esta verdad.

La frase aprista: *Sin libertad no hay patria*

que yo diera a nuestras esperanzadas masas en setiembre de 1932 para enjuiciar y detener las maniobras inconfesables de una sangrienta tiranía civilista, conserva y mantendrá su admonitiva invocación por todos los tiempos. Ella plantea fundamentalmente todos los deberes ciudadanos y descubre la tragedia lacerante que nos despedaza a los peruanos. Equivale a una sentencia. En el Perú, pasado un siglo de la epopeya libertadora, la patria todavía está por hacerse, porque los tiranos la han vendido y escarnecido. A los peruanos sólo nos queda el camino glorioso que los patricios lambayecanos señalaron, los primeros entre todos los norteños, en su grito rebelde y emancipador del 17 de diciembre de 1820. Como ellos y con ellos debemos decir nuevamente: ¡Patria o muerte!

Y Puerto Chicama cuya alzada irritación contra el mal peruano que hipotecara el solar de la peruanidad a una negociación extranjera afortunadamente no lo ignora ni lo ignorará jamás como pueblo constituyente de la unidad geográfica que se estructura en el Departamento de La Libertad, donde *Casa Grande*, el poderoso feudo germano, representa, en verdad, un nueva bastilla que hay que peruanizar para bien de los libertesños y de la seguridad nacional. Durante los veintitrés años de existencia que tiene este puerto alemán en el norte del Perú, ustedes sus humildes pobladores han vivido junto con todos los peruanos 23 años de vergüenza que, también, lo han sido de fe porque no han arriado la bandera nacional ni butlan en las veleidades o

apostasías de la claudicación o en las cobardías o debilidades de la pasividad genuflexa el testamento político de Manuel González Prada, de Alberto Ulloa (*El Digno*) y de Guillermo E. Billinghursts, los tres grandes peruanos que en aquella época, diez años antes de que se fundara el Apra, acusaron y ejecraron al coronel Benavides, por su felonía, inepticia y traición. Por eso, sin duda, abrazaron el Aprismo y por eso, también, secundaron a Manuel Barreto y la muchachada obrera e intelectual que el 7 de julio de 1932 irrumpió para reconquistar las libertades perdidas en la *ciudad mártir*. Esta fe peruanista y peruanizadora debe seguir siendo, en ustedes, esperanza, acicate y gonfalon, pues es ella la que animó al heroísmo del Comandante Gustavo A. Jiménez, Castillo Vásquez, Julio Gálvez y la ejemplar y pundonorosa oficialidad del Regimiento II en el levantamiento de Cajamarca de 1933 y la que insufló las rebeldías de Revilla y sus bravos compañeros, caídos en la misma ciudad cuando se pronunció por segunda vez al iniciarse la tiranía del odiado Benavides. Atesórenla, agigántenla, fortifiquenla en la acción y en el ejemplo como supo hacerlo, con pasión y con grandeza, nuestro gran mártir Manuel Arévalo, cuya vida y cuya muerte ilumina en el Partido del Pueblo para avanzar y superarla con la viril conciencia de la libertad y en la lucha valerosa contra el civilismo del tirano asesino y su claqué.

Les saluda firme y apristamente en la convicción de que los Apristas seremos los vencedores.

Hermano en el dolor y en la acción.

LUIS E. HEYSEN

En el 4º año de la persecución, Chiclayo, 1º de julio de 1938.

Pan sobre Madrid

= Envío del autor =

Franco celebró el aniversario de la revolución mandando arrojar pan sobre Madrid. Ya que las bombas no han logrado el vencimiento de la inexpugnable villa, ahí va pan, el pan que sobra allá entre los que comen sólo carne, y que acá cuesta mucho por que con sangre es amasado. Pan para Madrid! Pero el pan de Franco no es pan bueno. No es el "pan nuestro de cada día", sino pan de odio y de vergüenza. Pan de muchos trigos a cizaña mezclados. Pan de cizaña, entre italiano y alemán y moro. Esto es, un pan-demonium.

Aquel generalón que en Zaragoza beó la túnica de la Pilarica y este otro que la guerra administra, se dan la mano en estos momentos. Presume Franco de apostólico y caricaturiza a aquel que hizo el milagro de los panes. Pero lo que sus aviones extranjeros han arrojado sobre Madrid no es el producto de la celeste hor-

nada, sino el pan pintado que cuece el diablo para la familia. Harina negra, en fin, que en sus misas campales consumirán las "católicas" tropas de la morería.

"Panem et circenses". Pan y circo. Pero yo diría "pan del circo." Pan del histrión diabólico, que cae como granizada de sarcasmo sobre la honrada gente madrileña. Por eso el pueblo ha recogido el regalo malévolo y lo ha llevado a las comisaría. No quiere el pan echado igual que a hambrientos perros, venido por el mismo camino por donde ha venido la muerte, repartido por manos mercenarias. Pan germanista. Pan con camisa negra, que se lo coman ellos! Madrid no lo necesita. Madrid, el de la España grande, está amasando ahora, con el agua roja de sus arterias, con la sal de la raza, el pan definitivo, el pan de la humanidad, que es la substancia de su cuerpo heroico y de su espíritu mártir.

Madrid preferiría, de faltarle el pan, morderse el puño o rder su propio corazón, que es hogaza de trigo candéal. Que el pan que le mandan por el aire tiene mala levadura. Hincar el diente en él sería como hincarlo en metrala homicida. Residuos de la mesa internacional de Franco, volcados sobre la ciudadela del honor como en la sacudida de un mantel, ese pan envenenaría al pueblo si llegara a comerlo. Pagado con su propio sudor por mano ajena, no es sino una abyección cocida al horno.

TIRSO

Bogotá, 1938.

Solicite este semanario a la Señorita

MATILDE MARTÍNEZ MÁRQUEZ

LIBROS

La Habana, Cuba. - Apartado 2007.

Teléfono Fo. 2539.

Con la LIBRERÍA HACHETTE, S. A.
Maipú 49, Buenos Aires, Rep. Argentina.
Dir. Tel. Aglibrairi. Tele. 38 - Mayo 1010.
y 0255, consigue Ud. este semanario.

De "Acordes en sí mismo"

Por CARLOS LUIS SAENZ

= Colaboración. San José de Costa Rica, 1938 =

A Rosa Elvira Alvarez (Vía
Repertorio Americano).

2

Ahora vengo de cintas
y ríos y hojas tiernas;
quédate allá en lo mismo,
ciego, con tu flor seca.

4

También en mi oscura casa
tu niño de hielo, y flores
sin tierra, todas de aire
y débiles colores.

5

¡Más y más
aire de mar
y arco-iris de monte a monte!
¡Por donde yo no trajine
no hallarán paso los hombres!

9

AMISTAD

Mano, seguridad.
Palabra, alianza noble.
¡Y sólo los cobardes
se alejan de los hombres!

13

Aquellas noches del huerto
qué lejanías de estrellas...
iban y venían los peces
entre tulés y camelias.
Con una frente de fuego
encendía el agua setena
y eran rosas pasionarias
las mis manos nazarenas.

15

Frescura de musgos
después de tormenta;
el ojo sabe exactamente
dónde clavar la saeta.
No corras puliendo brisas
de la montaña, mi cierva.

19

ECO DEL POEMA

García Lorca

Luna,
aire, verdor y sangre.
Aire: ríos de soledades.
Verdor: sueñan los árboles,
los tréboles se entreabren.
¡Un doncel de garzadas
caído entre espadañas!

22

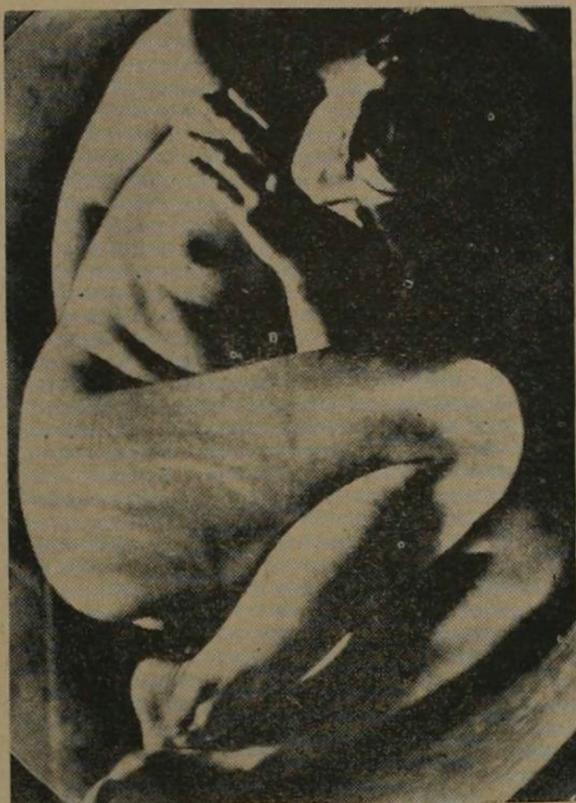
Era una larga avenida morada;
a un extremo, la luna ya en cinta
subiendo por la montaña.
Al otro, la mar oscura,
abuela de viejas barcas.

Y un ángel de ojos cansados
con una verde rama
de triste piro, al hombro, la cami-
[naba.

27

CARPAS ROJAS

Sumid la antorcha en el agua;
y ved cómo en la onda verde
van resbalando sus llamas.



Desnudo

Por Ruth Bernhoor

IN MEMORIAM

Maruja Castro Luján

Cielo morado
a la tierra;
disco de sombra y tormenta.
Tus claveles pequeñitos
se ahogaban en sangre nueva;
una luz de agua nocturna
te aprisionaba las piedras
y en los fríos espejos duros
fracasaban tus ternezas.
Al otro lado
es el cielo
luminoso de lo eterno...
Enredaderas de oro
con pájaros mañaneros;
tus pies libres en la danza
de la vida de tus sueños;
tus claveles pequeñitos
amamantando luceros,
¡y aquella luz que buscabas
con tus ojos tan abiertos!

Tres poemas

de CLAUDIO BARRERA

= Envío de Oscar A. Flores. Tegucigalpa, Honduras, 4 de octubre de 1938 =

LA DOBLE CANCION

Yo, sembrador de ideas.
Tú, sembrador de trigo.
Tendamos nuestras manos al pobre que es amigo.
Busquemos el abrigo
de todas nuestras penas
en un inmenso abrazo.
Juntemos los arados que van de brazo en brazo
con nuestra gran idea,
que va de mente en mente...
Y así seremos fuertes llamándonos amigos.
Tú, sembrador de trigo.
Yo, sembrador de ideas.

Juntemos nuestras penas
para aterrar verdugos.
Tú que amasas la carne de todos mis mendrugos;
en pago quiero darte la lumbré en tu camino;
Los dos somos muy fuertes,
pero somos cobardes con un mismo destino.

Empecemos la lucha.
Yo levanto las teas.
Tú levanta los brazos.
Abrazos en las masas
de todos los trigales y todas las ideas.
Cambiarás tus arados por gritos de protesta
y habrá fiesta en la tierra,
en el mar y en el cielo,
cuando miren que todos nos sentimos amigos;
y entonces, con las manos
unidas, como hermanos
alzaremos las teas...
Yo con la fuerza enorme de todas mis ideas.
Tú con la verde espiga cortada de tus trigos.

PASIONARIA

Con el pensamiento puesto en nuestros
hombres de las trincheras: ¡Adelante!

Como semilla nueva sobre tierra quemada.
Como palabra al viento retenida en la queja.
La que nadie ha llamado porque está en el espíritu
de la raza que vuelve y el dolor que se aleja.

La que se hace de brisa en jarrones de tierra.
La que canta y se calla con voz nocturna y honda.
La que te habla a tu sangre sin que tú le contestes
y la que me habla al alma para que le responda.

Como la sola blanca sombra de los crepúsculos.
A veces nazarena sombra de los caminos.
Donde hayan alegrías estará satisfecha
y triste en los silencios de sucios peregrinos.

Todos los ojos sabios no podrán retenerla.
Algo de cada cosa se lleva el viento suyo.
Como la rosa tiene viento de primavera
y un coraje de pueblo contra el burgués orgullo,

De lo que ha dado al mundo poco queda en sus marcos
y sufre porque ignora de la palabra esquiva.
Yo quisiera ser sombra de eternas juventudes
y amarrarme a su verbo para toda la vida.

Ella tiene la suave transparencia del lirio
y así como la flor perfuma o envenena
se ha impuesto en la gloriosa jornada del destino
bajo la luz del alba rompiendo la cadena.

Voz que muy pocos labios llegaron a nombrarla.
Algo que se hace fibra de dolor y de entraña.
Que resucita y muere! Que muere y resucita,
en el corazón recio de una mujer de España.

M A N I F I E S T O

Camarada negro:

No hay razón en decir con Jamer Corrother

"El ser de tu color implica pedir perdón"

¡No! Negro. ¡No!

Un coro de mujeres de Scottsboro

dejó huella de lágrima en tu raza.

¡Levántate!

Una huída de sangre repartida

dejó huella de llanto en Abisinia.

¡Levántate!

Harlem, sabe de la ley de Linch

y no ha llorado aún...

¡Levántate!

En el muelle te duermes satisfecho

porque pronto habrá barco...

Amaneces con la carga

que ha de enriquecer al blanco

y enseguida —en las rochas—

en cualquier bar de barrio

acabas de hacer negra tu desidia...

Y se enmudece para siempre el coro

de las mujeres de Scottsboro

y de los hombres de Abisinia.

Negro:

Piensa que tu tierra es prestada.

Te la ha prestado el blanco

y a cambio

le has dado tú el sudor

y la ayuda de tus músculos

sin protestar;

y sin embargo... el blanco

para humillarte más... te pide más.

Negro:

Levanta tu puño, haz que en el muelle

se detengan los barcos.

Que no haya ley de Linch.

Que tu color no implique pedir perdón.

Urrete al destino de los que marchan

al mañana...

Bajo la luz del Alba

viviendo libremente bajo el sol.

Camarada:

No detengas la marcha.

Comenzó en la Siberia. Ha seguido en España

y hoy que cruza la América

quítate ese color nocturno y triste

y únete a nuestra marcha;

donde el color es algo vano

y donde tengas el derecho

de triunfar codo a codo

o morir como hermano.

Negro Camarada:

No detengas la marcha con tu desidia.

Alza el puño y úrete al coro

de las mujeres de Scottsboro

y de los hombres de Abisinia.

El nuevo hispanoamericanismo

Por ANTONIO MONTALVO

== Colaboración. Quito, Ecuador, 1938 ==

Antes de ahora, es decir antes de la guerra civil española, tornada guerra de penetración fascista, merced a la satrapía del imperialismo italo-alemán, el hispanoamericanismo carecía del fundamento y estructuración vitales que eran necesarios para que viviera en corporeidad y realidad. Era una palabra vacua de sentido, sin raigambre material. Pura alegoría literaria. Que servía lo mismo para exaltar la lírica racializante, como para alborotar la insustancial patriotía de las festividades diplomáticas. La palabra, o el contenido semántico de ella, respondía sólo al sentido filosófico que le daba la realidad de ese *hispanoamericanismo*. Y la realidad del hispanoamericanismo de pre-guerra, era, apenas, una pobre ficción teatral en la que jugaban, dualizando el coro, voces de élite, individualistas, españoles y américo-españolas, interpretadoras u orientadoras no de lo que debía ser el hispanoamericanismo: —hecho, acción, obra material e intelectual— sino solamente de un sentimentalismo que se apagaba con el último grito poético o con la postrera burbuja de champaña.

Ahora es cuando se ve nacer el verdadero hispanoamericanismo. Surgido de una misma matriz creadora: la necesidad de cohesión de un núcleo homogéneo, humano, que por sobre la distancia de un mar ancho, hablando un mismo idioma, tiene unos mismos intereses políticos, —y aquí se contempla los intelectuales y materiales— y lucha por un mismo ideal común a toda la humanidad: la redención total y auténtica del hombre. Y nace el hispanoamericanismo —no por nuestro deseo— de una necesidad material, de un hecho dialéctico, que han borrado de un brochazo el espejismo hispanoamericanista. La guerra española

removiendo en el alma de los pueblos de Hispanoamérica, lo que hay de más noble e íntimo en ella: su sentido de solidaridad humana —que no sólo el congénito de su parentesco racial— ha puesto en evidencia la negación que entrañaba la vieja palabrería del idealismo hispanoamericanista, para afirmar la verdad de un nuevo sentimiento que responde, en todo, a un nuevo contenido, a una nueva verdad histórica; que se superpone lógicamente, como la expresión de una nueva, también, etapa de civilización, es decir, de conquista de los derechos humanos.

La guerra española ha creado en la conciencia de Hispanoamérica, ahora sí, la idea materializada, el sentimiento objetivo, concreto, del hispanoamericanismo. Idea y sentimiento que, recién nacidos, han tomado ya cuerpo y se han hecho palpables en manifestaciones que dan, hoy mismo, la medida de las proporciones gigantescas y de los beneficios incalculables que ellos rendirán, cuando hechos carne de acción, crezcan, aquí en nuestro continente y en los pueblos de la Península.

Y he aquí que este sentimiento de hispanoamericanismo, ha nacido donde debía nacer: en el alma misma de todos los pueblos de América española. Ha nacido colectivamente, de este gran conglomerado continental. De las masas populares. De lo que aquí constituye, a lo largo y a lo ancho de América, las auténticas democracias. Y por haber surgido de las democracias es que se desarrollará y fructificará, dando de sí los beneficios que la necesidad y realidad histórica demandan.

Ya no es, pues, —ni será jamás— el hispanoamericanismo una palabra esporádica, de élite oficial o núcleo intelectualista, sin tra-

ducción ni comprensión posibles. Como pensamiento colectivo, regado en la conciencia americana, ha probado ya sus realizaciones. Democráticamente, se ha traducido en hechos que confirman y afirman su verdad conceptual. Y en la medida que este sentimiento de hispanoamericanismo significa en los actuales momentos comprensión del conflicto español, las democracias de Hispanoamérica, vienen esforzándose, según es el ritmo de su libertad, en vivirlo lo más prácticamente que les es posible. Así es cómo, desde las iniciales horas de la invasión fascista, la solidaridad de los pueblos hispanoamericanos con la causa de la República se ha dejado sentir, ya con la presencia y actuación personal en las trincheras de muchísima gente, intelectuales, artistas y obreros, soldados todos de la justicia social, que han sentido en la entraña viva la necesidad y utilidad de la lucha en la que gran número ha ofrendado su vida, pero edificando un ejemplo que sólo es el reflejo directo de un sentimiento colectivo —el sentimiento hispanoamericanista, fecundado, vitalizado por el ideal de la libertad y la democracia— o ya también con la espontánea ayuda material, que, en cuanto al apoyo moral, éste, aun rompiendo las vallas de la represión oficial en los países donde ella ha existido, se ha manifestado siempre, traducido en la ansiedad con que los pueblos, la verdadera democracia de los pueblos, sigue el curso de los acontecimientos de la guerra, es decir, la suerte de los republicanos; en el fervor y fe que ellas manifiestan por su triunfo definitivo, en todas las manifestaciones populares, en la acción de los sindicatos obreros e intelectuales, en la expresión de la prensa misma, que a pesar de las influencias fascizantes, no puede por menos que hacerse eco, aunque sea muy pálido, de esa gran corriente antifascista, que aquí en Hispanoamérica, no sólo es la promesa, sino la verdadera fuerza realista que hoy, ayudando a España, salvará los destinos democráticos del continente.

No es aventurado ante la lógica de los acontecimientos, afirmar que la guerra de España, hecho, etapa del proceso dialéctico que ha debido vivir dentro del determinismo histórico, ha cristalizado aquí, en Hispanoamérica, la idea y el sentimiento reales del verdadero hispanoamericanismo, no ya, lo repetimos, como exaltación sentimental del parentesco racial, como pura expresión literaria, como desbordamiento de efusión fraternal, como hipérbolo lírica; sino como concreción objetiva de una necesidad común, que afecta específicamente a un conglomerado homogéneo humano, ligado entre sí por los fuertes vínculos de la sangre y del idioma, necesidad que, en realizándose, ha de traducirse —que se traduce ya— en beneficio mutuo, material y espiritual para ese mismo conglomerado social que sabe ya de manera precisa cuál es su posición, cuál su misión en el momento histórico que le ha tocado vivir, y sabe, asimismo, cuáles son sus elementos de lucha y de defensa en la guerra a muerte que debe librar contra las fuerzas coaligadas del fascismo, a las que hay que batir, para la creación del nuevo sistema social de vida, que haga accesible, en primer lugar, el desarrollo de ese sentimiento —el del hispanoamericanismo— entre pueblos afines y, generalmente, que haga accesible también al hombre, al hombre de las masas, a las masas mismas, los caminos de la cultura y de la civilización, y otorgue el derecho a la vida, vedados hasta hoy por una minoría que tiene en sus manos todos los poderes de la opresión, de la explotación, del aniquilamiento de las virtudes y posibilidades más preciosas del hombre, en su exclusivo favor y beneficio.

Y, si las condiciones sociales de América, determinadas, a su vez, por las condiciones materiales de su existencia actual, han hecho posible el nacimiento del auténtico concepto y vida del ideal hispanoamericano, hay que convenir en que la democracia, los valores humanos de esa democracia, son el campo nutricional en el cual la vida de ese ideal, o el ideal hecho vida, han de prosperar en la medida en que, democráticamente, esa misma vida sea fortalecida y alimentada. El hispanoamericanismo oficialista y de élite, de ficción y de hipótesis ha muerto, por inanición, para dar paso al genuino, popular, de convergencia democrática, que sabrá afrontar por convicción ideológica e interés colectivo, los problemas fundamentales que son hoy la preocupación del mundo entero.

Y, aun más: sólo democráticamente, en emoción y realidad colectivas, es y será posible vivir el ideal hispanoamericano. Esto ya se han encargado de probar los hechos: se ha visto cómo movidas al unísono por una misma corriente colectiva, que abarca a los pueblos de América desde los límites mexicanos hasta los confines patagones, los pueblos de América, sus democracias verdaderas, actúan libremente o a espaldas y por encima de la represión oficial, en favor de las masas populares de la España Republicana; se ha visto cómo nuestras democracias sienten en carne palpitante y espíritu emocionado, la tragedia española; se ha constatado y se evidencia a cada minuto cómo ellas, solidarizadas en lo íntimo de la entraña, unánimemente, sintiendo como suyos propios el dolor y la angustia de un pueblo hoy más hermano que nunca, se esfuerza espontáneamente,

por deber congénito, en contribuir a la lucha y triunfo de la República española, cuyo destino actual gravita tan profunda y particularmente en la conciencia hispanoamericana, como que es él, el destino de España, el que, en mayor o menor grado, determinará el rumbo y la suerte de nuestras democracias, las que por su parte, comprendiendo la inminencia de la hora, se aprestan y preparan su espíritu, tenso de vigor vital y belicismo viril, a la lucha redentora definitiva, de la que saldrán victoriosas para siempre.

Tal es la fe y la conciencia de solidaridad social de las democracias de América en el triunfo de la justa causa de la República Española, tanta evidencia y seguridad tienen en el valor tradicional del pueblo, de ese pueblo bravo que hace un siglo, a guerra de guerrillas puso en fuga a las águilas napoleónicas y se burlaba con desenfadada ironía del mismo Corso cantándole coplas como esta:

*Ya vienen las provincias
arrempujando
y la Virgen de Atocha
trae a Fernando.
¡Vivan los españoles!
¡Viva la religión!
¡Yo me cago en el gorro
de Napoleón!*

tal es el fuerte sentido de comprensión y solidaridad humana que animan sus hechos, su acción práctica, que bien confirman lo que ya sabe Europa o lo adivina: la verdad de que es América, con el poderío de su fuerza natural y so-

cial, la zona del mundo donde se está fraguando las normas inmovibles de una nueva vida libre y democrática, estructurada en sus propias necesidades y realidades, y que son sus pueblos, los que, llegada la hora, sabrán sacrificarse por la conquista de su felicidad. Porque América no es ni será jamás tierra de conquista. Es y será siempre tierra para la libertad y la amplia vida democrática.

El hispanoamericanismo, pues, por lo que a nosotros incumbe no quiere decir y no significará otra cosa que la fiel interpretación de un fenómeno político-social, llegado al máximo de beligerancia, de un pueblo que por leyes étnicas y lingüísticas nos pertenece más íntimamente; y lo que es más: realización inmediata de las necesidades sociales; —que ésta es la esencia y clave de todo sistema político— de un mismo cuerpo colectivo, dividido geográficamente, que tiene derecho a forjar sus propios destinos históricos, abriendo para el hombre los vastos horizontes de la libertad y la cultura. Y, si políticamente queremos realizar y vivir el hispanoamericanismo, no de otra manera podremos hacerlo, sino llevando a cabo esas necesidades sociales, hechas perentorias, en lo material e intelectual, en lo ideológico y práctico. Las masas de América han respondido a este sentimiento político, y políticamente, es decir con la realización de necesidades colectivas, han principiado a vivir el ideal del nuevo hispanoamericanismo y con tal fuerza patética, que hace prever lo que será él en un futuro próximo y los beneficios que reportará a los pueblos hispanos e hispanoamericanos.

Juan Bosch y el...

(Viene de la página 16)

minal de la ley, ¡perra de dictador asesino!, y lo que pasará, la creciente de la próxima sangre, la sangre que ahogará a quien la vierte, escudándose en las charreteras y en la miseria del pueblo esquilmado, robado, azotado y crucificado. Juan Bosch no hace más que enseñar el cuadro de la sangre; acostumar a los demás al ají de la sangre, para que le tomen su sabor y estén en lo más olímpico de Nietzsche: *Escribe con sangre y sabrás que la sangre es espíritu.*

Para dar una pequeña idea de quién se nos

presenta con capa roja y coturno marciano, digamos de una vez: Juan Bosch, hasta donde nos parece lícito decir, es el primer cuentista dominicano de nuestros días de sangre. Cortado a la moderna, no hace literatura: esculpe pensamiento y burila emociones. Andariego, de un aletazo se plantó en Puerto Rico. Nos trajo su cuento más armonioso: un hijo que le dice taita y que se llama León. Juan Bosch tiene la certidumbre de que su madera de hombre se eterniza en el camino real de los leones.

ciudad, nada con que la seriedad y virtud del juez pueda consolar al humilde. Sin duda alguna, Cayo Aquilio, o la verdad triunfará ante ti y tus asesores, o rechazada de este sitio por la fuerza y la influencia, no hallará lugar en donde reposar.

(De M. T. Cicerón, en el tomo I de *Vida y Discursos*. Biblioteca Clásica. Madrid. 1917).

¿Qué diremos nosotros?

Si Enrique Heine envidiaba la suerte de los Magyares porque morían en garras de leones mientras los alemanes sucumbían en los dientes de perros y lobos ¿qué diremos nosotros? Aunque poseamos muchas constituciones, muchos códigos y muchas leyes y decretos, los peruanos gemimos bajo tiranías inconcebibles ya en el Viejo Mundo, vivimos en la época terciaria de la política sufriendo las embestidas de reptiles y mamíferos desaparecidos de la fauna europea.

(Palabras de Manuel G. Prada en 1899; en su libro *Figuras y Figuronas*. París. 1938).

De mi silabario...

Deshonradme en hora buena; pero no toquéis la educación popular, no desmoronéis la escuela, este santuario, este refugio que nos queda contra la inundación de la barbarie, que eleváis a sistema americano, a palanca de progreso.

De mi silabario tengo el único elogio ajeno que necesito, y es el de un candoroso maestro de escuela que me decía: "Señor, por este libro le serán perdonadas en la otra vida todas las penas del purgatorio, y le sobrarán seis años de indulgencia todavía!"

(De D. F. Sarmiento en el tomo *Las Ciento y Una*, el XV de sus *Obras*. Buenos Aires. 1914).

¡Paso a la verdad!

Conviene que tú, Cayo Aquilio, y los que constituyen tu consejo, oigáis mis palabras con mayor benevolencia, cuanto más son los inconvenientes para que la verdad, abatida con tantas contrariedades, renazca finalmente por obra de vuestra equidad. Pues si siendo tú juez, resultara que el desamparo y la pobreza no tenían ninguna ayuda contra la violencia y el favor, si la razón se pesa ante este consejo con las riquezas y no con la verdad, nada respetable y verdadero queda ya seguramente en la

No mentar la cosa

¿Hay derecho de ocultar una acción?

Creemos que muchos así lo creen, en vista de lo que pasa entre nosotros. Se ocultaban antes en la publicación de las sesiones del Congreso, las palabras, injurias y aseveraciones de un Diputado o Senador después de haberlas pronunciado en la Cámara. Se ha ocultado ayer en la publicación de los asuntos que ha dejado pendientes el Congreso, uno que forma parte de nuestra historia parlamentaria y política; y hasta los diarios, aquel espejo de luna torcida, que adultera las imágenes que refleja, han tenido el acuerdo de no mentar la cosa. Así, pues, se falsifica la historia, suprimiendo lo ocurrido. Todas estas trapacerías se pagan muy caro, como se ve por la rebelión presente. El poder de Dios no llega a tanto; lo hecho puede hacer que no sea en adelante; pero no que no haya sido. Sólo los pueblos depravados por ideas falsas pretenden suprimir lo que les daña, como los anales de Roma suprimieron la conquista de Porcena y la pérdida de once distritos.

(De D. F. Sarmiento en el tomo XXXIX de sus *Obras*. Buenos Aires. 1900).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual \$ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre
Nueva York

Juan Bosch y el camino real

Por GRACIANY MIRANDA ARCHILLA

=De Alma Latina. San Juan de Puerto Rico, 2ª quincena de marzo de 1938 =

Este no es el caso de un pisaverde que engranda su visión al lado de los botafumeiros de salón. Juan Bosch, lejos del maquillaje que disfraza el existir, se tira a campo raso, seguido de su fiel colín, y revienta una mala palabra, no con la intención burdelesca, para exacerbar apetitos, sino para ahuyentar las malas influencias y cortar la cabeza a la culebra negra de la noche.

Yo diría que cada pisada de Juan Bosch es un cuento. La pisada del hombre se traduce en firma de condenado bajo la lluvia y en aleteo de polvo bajo el oro del sol. Pero es firma de condenado y aleteo de polvo que no pasan nunca, aunque la lluvia tan alcahueta y el oro del sol, tan esquivo, cambien de residencia. Cada pisada es una indeleble travesura que avanza a regañadientes o busca su destino, obediente a voces antiguas, sin más aparejo que el deseo ardiendo bajo el ala. Cada huella, carril de los caminos reales, se aúpa, cristaliza, se retuerce y había, porque Juan Bosch transmite eco de luz a su firma de condenado.

Se respira un aire de fronda. La primera palabra es aletazo de ciclón. Fuerza de río crecido que socava y arrastra. Fuerza de hombre primitivo que se codea con la cola del relámpago y las uñas de la Muerte. Fuerza humana, sin embargo, que pone el oído en tierra y la palpación en lo celeste. Fuerza retardadora, tantas veces irresistible, irrefrenable, bárbara, parecida a una cuña de caoba metida en la llaga del corazón.

Luego el paisaje se agiliza lo mismo que un gato montés. Salto de agua que se confunde con el llanto del hombre tumbado por la tormenta. Selva o playa de los proscritos, los hombres alzados al igual que las guineas de cresta de rubí, donde la maleza sabe aplicar zancadillas de muchacha experta en el juego del Amor. De trecho en trecho, cruces que piden limosnas de paz. Barrancos de labios húmedos y gruesos, como los labios de los negros. Barro del camino real, pegajoso como palabra untada en miel, pero traicionero lo mismo que hombre cobarde.

Y mujeres. No las mujeres de Rubens, danzando sobre el vellón del beso, sino mujeres de ojos interrogantes y prietos, sujetas a la cadena de la renunciación, a lo perra con faldas y cachorrillos. Mujeres que el macho gobierna con el sable de una mirada fría. Mujeres opacas al pie de las jumiadoras dominicanas; flacas de cuerpo, sí, pero sensibles a la pena del varón, sensitivas como el *moriviví*, cuando, aguijoneado por el ladrido del perro, el hombre junta la puerta de su covacha y tajea la sombra con la punta del machete o el fogonazo del revólver. Mujeres silenciosas y socorredoras, únicas en la escala del sollozo tragado y las lágrimas bien tascadas. Mujeres que pasan el rosario y se persignan suavemente a la vera del camino real que se moja las plantas en el río.

Juan Bosch, en este extremo de la mejor palabra, no abusa de los recursos. Sabe que no debe imitar al cuentista frívolo, ese que hace del *lip stick* (lápiz de labios) lo indiscartable en el momento del parto literario. No se de-



Juan Bosch
(1937)

tiene a describir las manos de la princesa que lo miró guiñando, ni le parece acorde lo de fijarse con interés sobrenatural en el corpiño que abriga las conejillas salomónicas muy en sazón, para encender la vela del deseo. Ni aprovecha la puesta del sol para amarrar la carne de los amantes. Juan Bosch no es cuentista de playa, ni de tocador, ni de *beauty parlor*, ni de abanico, ni de cinta, ni de celos, ni de orejas lilas, ni de camelias, ni billetes amorosos; en él todo es saludable, ancho como el pecho de los caballos de carrera. Podría, a la usanza de los pasados tiempos, hablar del fiacre número 13, el chasquido de las espadas movidas bajo el escándalo de un farol o la escalera de Romeo, las quejumbres de Virginia o la tuberculosis de Margarita Gautier. Pero Bosch sabe que el personaje crudo es una raíz eterna. Le basta con esbozar la sombra de una mujer silenciosa, acusadora de un fuerte dramatismo; mujer que recuerda, en algunas cosas, los trozos de bronce que inventaba Gorki y que desvelaban a Dostojewski.

Hemos dicho que en el libro de cuentos de Bosch se respira un continuo aire de fronda. Esto es así, porque sus personajes no son producto del opio, los tragos, las alucinaciones, la locura. Se respira un aire de fronda porque cada uno de sus personajes es un árbol gritón y sagrado hasta cierto punto. En la noche, el árbol está sereno, duerme tranquilamente al golpe de la lluvia. Pero de la boca del lobo de la noche emergen las armas; los soldados profanan el umbral de las chozas, y el árbol, el hombre dormido, despierta en plenitud de savia colérica. Humildoso al principio, hospitala-

rio siempre, se sabe perseguido por quitame allá esas pajas; piensa en el colín, en el clavo que sabrá liberarlo, en su tradición de hombre y hasta en la puñalada noble, propinada artísticamente. Capaz de partir su único pedazo de pan con el hambriento, incapaz de robar sino en virtud de un ideal de pureza, siempre anheloso de dormir en tierra para que el advenedizo encuentre abrigo donde sobra soledad. Aire de fronda en todas partes. Y sobre el aire, galopar de trueno.

En verdad, los personajes de Bosch no podrían pertenecer al campo de Puerto Rico. Hijos de su tierra, enlodados hasta el habla —largo que es el camino real picoteado de lluvia— precisan atmósfera valiente para subsistir. Cada uno ha tenido aprendizaje luengo en el predio de las libertades cívicas. Cada uno sabe que sólo la tierra pertenece al hombre que la pelea como se pelea la carne de la hembra. Cada uno es un libertador, noble en el rincón de toda prosapia, pero arrebatado, indomable y solitario cuando se le pretende ahogar el ansia linajuda. La pasión es en ellos lo que el chumal en los paladares antojadizos: bocado de Amor. Se apasionan los personajes de Bosch al rescoldo de todas las lámparas: aquí la jumiadora que enrojece rostros, los gallos que cortan brisa con las escuelas, las ideas políticas que atragantan como los manjares muy secos. Pasión a trote largo, pasión a galope, pasión del cuchillo y el disparo; pasión del flamboyante en tiempo de hemorragia.

He seguido con olfato de perro la huella de Juan Bosch y en casi todo su libro de cuentos he descubierto color de sangre, sabor de sangre, grito de sangre. Nos inicia la ruta con una mujer matona, incapaz de comprender la gloria del sacrificio ajeno. Prosigue con un tiroteo cerrado que firma pasaporte a un padre enterrecido. Continúa con el llanto de sangre de un niño asesinado. Se repiten los fogonazos. Un padre, ante la cobardía de su hijo, acepta una copa de sangre. Hay un despeñamiento, un algarrobo muerto ante la alegría de un recién nacido padre, un hombre que silenciosamente jura venganza en presencia de su revólver, un cuchillo que no hiere porque la voz de un niño es un poema, una *galleta* que costará muy cara, una hilera de guaraguasos que denuncian pestilencia de sangre hozada; nueva sangre derramada noblemente en duelo sin escala en lo alto de la loma; sangre callada del sacrificio del caballo Lucero; nueva sangre, sangre del gallo aparentemente muerto; sangre del padre que niega a su hijo ladrón y camino real, camino real, como río de sangre sonora...

¡Sangre, siempre sangre! Pero no debe aturdirnos la fiesta de la sangre. El siglo es una balsa de sangre. Las ideas están llenas de sangre. ¡Todo es un himno a la sangre! Juan Bosch es un hijo legítimo del siglo sangriento que desgraciadamente vivimos. Sin embargo, él no hace más que pintar lo que pasó, lo que pasa y pasará. Lo que pasó entre orgías de sangre; lo que pasa: asesinatos en masa bajo la varita cri-

(Concluye en la página anterior)